

Babel

REVISTA DE ARTE Y CRITICA

SEPTIEMBRE - OCTUBRE, 1947

SUMARIO

MARTINEZ ESTRADA: SOBRE UN FONDO
DE FACTORIA Y DE CONQUISTA ¶ B. SA-
NIN CANO: RUMBOS DEL ESPIRITU ¶
JUAN RODOLFO WILCOCK: MONOLOGO
DE ALEJANDRO ¶ LUIS FRANCO: AYER
Y HOY ¶ MANUEL ROJAS: SACCO Y VAN-
ZETTI ¶ EUCLIDES GUZMAN: EL EXPE-
RIMENTO ¶ ENRIQUE ESPINOZA: SENTI-
DO SOCIAL DE MARTIN FIERRO

SANTIAGO 41 DE CHILE

L E A

EN LOS NUMEROS ANTERIORES DE

B a b e l

- N.º 1. LUIS ARAQUISTAIN / Retrato de Hitler.
IGNACIO SILONE / Un recuerdo infantil.
2. ALFRED KERR / Recordando a Walther Rathenau.
ALBERTO GERCHUNOFF / Sem Tob de Carrión.
3. MARCEL PRENANT / La revolución francesa en el mundo.
ANDRÉ CHAMSON / Recuerdo de «La Comuna».
4. WALDO FRANK / Carta whitmaniana.
MALCOLM COWLEY / Frau Marx.
5. ANDRÉ MALRAUX / La novela y el reportaje.
ROBERT FORSYTHE / Yo conocí a Ernst Toller.
6. JULIÁN HUXLEY / El concepto de raza.
LEÓN PAUL FARGUE / Del antisemitismo.
7. ALBERT SCHWEITZER / Cultura y Libertad.
MAGDELEINE PAZ / Marcel Martinet.
8. ANDRÉ GIDE / A algunos nuevos convertidos.
ROBERT GOFFIN / Rimbaud católico.
9. MAX NOMAD / Polonia sin aureola.
L. CARDOZA Y ARAGÓN / El ejemplo de León Felipe.
10. JOHN CHAMBERLAIN / El sueño del anarquismo.
M. F. Grandizo / La lucha de edades en política.
11. WYNDHAM LEWIS / La muerte del arte abstracto.
LOUIS UNTERMEYER / «The Seven Arts».
12. SIDNEY HOOK / El humanismo integral de Maritain.
JARVIS GERLAND / El álgebra de la revolución.
13. MARTÍNEZ ESTRADA / Hernández y Hudson.
CIRO ALEGRIA / Impresión de Mariátegui.
14. JEF LAST / Testimonio holandés.
LEOPOLDO LUGONES / A los republicanos españoles.
- 15.—16. EDMUND WILSON / Rol de Trotsky en la historia.
DWIGHT MACDONALD / Intento de apreciación.
17. MORTON DAUWEN ZABEL / Un poeta en el Capitolio.
JUVENCIO VALLE / Canto de amor.
18. W. H. HUDSON / Una librería de viejo en Buenos Aires.
HERNÁN GÓMEZ / Por el rastro de Hudson.
19. ENRIQUE ESPINOZA / Heine y Marx (*El ángel de oro y el león rojo*).
F. G. CAMPOAMOR / Vamos a matar la guerra (*cuento*).
20. HORACIO QUIROGA / Sinfonía heroica (*y una carta inédita*).
SEBASTIÁN FRANK / El espíritu burocrático.
21. MAX BROD / Kafka, padre e hijo.
JAMES CADMAN / Geopolítica: un mito imperialista.

GUIA DE LIBREROS

LIBRERIA APOLO

Pasaje Matte 88 - Tel. 66727

TODO LO QUE SE LEE EN ESPAÑOL
CONCEDEMOS CRÉDITOS
CONSULTE CONDICIONES

LIBRERIA NASCIMENTO

San Antonio 240 - Tel. 32062

LAS MEJORES EDICIONES
NACIONALES Y EXTRANJERAS

LIBRERIA CRUZ DEL SUR

Bandera 445 - Tel. 88118

EDICIONES CRUZ DEL SUR

LIBRERIA PLUS ULTRA (Ex-Librería Ercilla)

Agustinas 1639 - Tel. 62222
Casilla 9351

LIBROS EN TODAS LAS RAMAS
DEL SABER HUMANO

LIBRERIA CULTURA

Catedral 1039 - Tel. 68813
Casilla 4130

AHORA A VEINTE PASOS DEL
CORREO Y DE LA PLAZA DE
ARMAS

LIBRERIA SALVAT

Agustinas 1043 - Tel. 84734

LIBROS TÉCNICOS Y LITERATURA
GENERAL

EDITORIAL DEL PACIFICO — S. A. —

Ahumada 57 - Teléfono 89166
Casilla 3126

LIBRERÍA.—SALA DE
EXPOSICIONES

LIBRERIA SENECA

Huérfanos 836 - Tel. 23698
Casilla 13171

LIBROS TÉCNICOS Y
LITERATURA EN GENERAL

LIBRAIRIE FRANCAISE

Estado 36 - Tel. 80504
Casilla 43 D.

LITERATURA, CIENCIAS, ARTES Y
LIBROS TÉCNICOS EN FRANCÉS.
EN LENGUA ESPAÑOLA TODAS
LAS NOVEDADES

LIBRERIA CORCEL

Corrientes 1681 Buenos Aires

OBRAS ARGENTINAS Y
AMERICANAS EN GENERAL

LIBRERIA LA OCASION

San Diego 125 - Tel. 89608

LIBROS RAROS, EDICIONES
CHILENAS AGOTADAS

LIBRERIA CRUZ DEL SUR

Apartado 111 Caracas

ACEPTA REPRESENTACIONES
DE LIBROS EN VENEZUELA

EL LIBRO: UN REGALO DIGNO Y PERDURABLE. PREFIERALO Y ELIJALO
ENTRE LAS EDICIONES NACIONALES \ CAMARA DE EDITORES DE CHILE

DEPARTAMENTO DE PUBLICACIONES DE LA UNIVERSIDAD DE CHILE
LIBRERIA UNIVERSITARIA

Edificio de la Universidad de Chile, Alameda B. O'Higgins N.º 1058,
 2.º Piso, Casilla 10 - D. Teléfono 82451

OBRAS EN VENTA APARECIDAS RECIENTEMENTE:

ANABALON S., Carlos, Tratado Práctico de Derecho Procesal Civil Chileno, 2 gruesos volúmenes. \$	GONZALEZ, Angel Custodio Del Amor Caulivo (Sonetos) Premio de la Sociedad de Escritores de Chile. Poesía inédita. \$	400.-	35.-
DOMEYKO, Ignacio, Memorias (Recuerdos de un emigrado). Vol. I.—Traduc- ción al castellano de la ver- sión francesa por D. Manuel de Ferrari (Juan Carrera)..	JESCHKE, Hans La generación de 1898 en España. Traducción y notas de D. Y. Pino Saavedra. . .	60.-	50.-
GAETE B., Alfredo, y otros La Seguridad Social.	MARSHALL, Enrique La Ciencia de la Economía, 2.a edición. 2 tomos.	40.-	160.-

SE RECIBEN OBRAS EN CONSIGNACION - SE HACEN
 ENVIOS CONTRA REEMBOLSO - SOLICITE CATALOGOS

B a b e l

REVISTA DE ARTE Y CRITICA

FUNDADA EN BUENOS AIRES EN ABRIL DE 1921

Director: Enrique Espinoza

Comité asesor: Manuel Rojas, Luis Franco, González Vera,
 Lafn Díez y Mauricio Amster (Gerente)

Precio del número. \$ 10 mlch.
 Suscripción a 6 números. \$ 50 mlch.

FUERA DE CHILE:

Precio del número. 0,35 uja.
 Suscripción a 6 números. 2,00 uja.

Toda la correspondencia de B A B E L debe
 dirigirse a Av. Bernardo O'Higgins 2555, Stgo.
 Cheques o giros a nombre de Mauricio Amster

Mauricio Amster

diseños tipográficos para publicaciones

y propaganda

PLAZA BULNES 79, Dep. 115

Teléfono 84411

Para
 Cambios y Viajes
 consulte
 a

C A M B I T U R

HUÉRFANOS 1063 / TELÉFONO 64274

Viajar

A BUENOS AIRES NO CONSTITUYE
UN PROBLEMA

UD. PUEDE HACERLO EL DIA QUE LO DESEE

La Línea Aérea Nacional mantiene un
servicio diario de aviones modernos entre Santiago y
Buenos Aires que cubren la distancia que separa a
estas dos capitales en un cómodo viaje de 3½ horas.

LINEA AEREA NACIONAL. CHILE

Optica ROTTER

CASILLA 72

AHUMADA 268 — SANTIAGO

ESTABLECIMIENTOS

GASTON RUDDOFF S. A.

*Confecciones finas para caballeros,
jóvenes y niños*

SANTIAGO, SALVADOR SANFUENTES 2853

FONOS 90274 y 94298

• • • • •
• \$ 18.-

• EN PRIMERA CLASE Y

• \$ 9.-

• EN TERCERA CLASE

• *Nuevos boletos rebaja-
dos hasta el 30 de No-
viembre de Santiago a*

• LLO-LLEO, SAN ANTONIO
y CARTAGENA

• *Mayores datos en las Estaciones y Oficinas de Informaciones
de los*

• **F**ERROCARRILES DEL **E**STADO

• BOLETOS FIN DE SEMANA
• SANTIAGO - PTO. VARAS

• \$ 1.530.-

• *Pasajes y 4 días en el
lujoso hotel de Puerto Va-
ras, todo incluido, incluso
propinas.*

• • • • •

Colaboradores

EZEQUIEL MARTÍNEZ ESTRADA.— Poeta y escritor argentino, autor de *Radiografía de la Pampa* (BABEL, 1932). De su ensayo acerca de Sarmiento como desterrado vitalicio destacamos las páginas que encabezan el presente número. Ellas refuerzan una sostenida campaña de la revista contra el absolutismo español, impugnado después de Sarmiento por muchos grandes escritores americanos desde Martí hasta Lugones.

B. SANIN CANO.— Sobre la significación que tiene dentro y fuera de su país, el patriarca de las letras colombianas que acaba de cumplir 85 años, véase «El maestro Sanín Cano», de Germán Arciniegas, en el número 11 de BABEL y el artículo de Enrique Espinoza en el número 24, además de «Quién es mi prójimo?» (N.º 1); «300 millones de víctimas» (N.º 14); «Un liberal a la antigua, un amante a la moderna» (N.º 24) y «La cuestión judía» (N.º 26), del propio Sanín Cano.

J. R. WILCOCK.— Pertenece a las últimas promociones literarias de Buenos Aires, donde ha obtenido el premio «Martín Fierro» con su primer libro de poemas y canciones. Su «Monólogo de Alejandro» apareció a fines del año anterior en la revista cubana «Órigenes» y no se ha publicado aun entre nosotros.

LUIS FRANCO.— Ha estado en Santiago en los años 1936 y 1946 invitado por la Universidad de Chile para dar conferencias sobre Sarmiento y el tirano Rosas. Fuera de numerosos poemas como «Construiremos la Nueva Babel» en nuestro número anterior aparecieron aquí sus ensayos siguientes: «Participación argentina» (N.º 13); «Pasado y Porvenir» (N.º 21); «La poesía del hombre nuevo» (N.º 30); «El estado, negación del hombre» (N.º 32); «Don Paquito» (N.º 34); y «San Martín y un testimonio chileno» (N.º 36).

MANUEL ROJAS.— Argentino de nacimiento es considerado sin embargo como uno de los valores representativos de la literatura chilena por su obra de poeta y novelista. Véase en BABEL su «Ensayo de la mañana» (N.º 13); «Deshecha rosa» (N.º 14); «El último combatiente» (N.º 15 - 16); «El animismo de Hudson» (N.º 18); «España otra vez» (N.º 22); «Versos para la revolución de Octubre» (N.º 24); «Antólogos y antologías» (N.º 25); «Paz en Europa» (N.º 27); «Recuerdos de Gómez Rojas» (N.º 28); «El socialismo y la libertad» (N.º 30); «Diez años» (N.º 34); «Hans Steffen y la lealtad» (N.º 37); «La literatura y el hombre» (N.º 38).

EUCLIDES GUZMÁN.— Joven cuestista chileno de la nueva generación. Ha publicado en BABEL: «Carta acerca de una muchacha» (N.º 29); «Una viña en la noche» (N.º 31); «Mi primer crimen» (N.º 33); «Yo lo sabía...» (N.º 35); «Cuando en Chile se prefabricaban casas» (N.º 36); «El nacimiento» (N.º 37); y «Justicia local» (N.º 39).

ENRIQUE ESPINOZA.— La segunda parte del «Sentido social de Martín Fierro» pertenece a una conferencia pronunciada en La Habana en 1937 bajo los auspicios de la Institución Hispanoamericana de Cultura. Un esbozo de la misma se publicó en Córdoba con motivo del centenario del nacimiento de Hernández.

Babel

REVISTA DE ARTE Y CRITICA

SEPTIEMBRE-OCTUBRE 1947

AQUÍ SE CONFUNDE EL TROPEL
DE LOS QUE A LO INFINITO TIENDEN
Y SE EDIFICA LA BABEL
EN DONDE TODOS SE COMPRENDEN.

Rubén Darío

NUMERO 41 VOLUMEN X

SANTIAGO DE CHILE

NO HEMOS RENUNCIADO A ESCRIBIR
EN ESPAÑOL, Y NUESTRO PROBLEMA
DE LA EXPRESIÓN ORIGINAL Y PRO-
PIA COMIENZA AHÍ. CADA IDIOMA ES
UNA CRISTALIZACIÓN DE MODOS DE
PENSAR Y DE SENTIR, Y CUANTO
EN ÉL SE ESCRIBE SE BAÑA EN
EL COLOR DE SU CRISTAL. NUESTRA
EXPRESIÓN NECESITARÁ DOBLE VI-
GOR PARA IMPONER SU TONALIDAD
SOBRE EL ROJO Y EL GUALDA.

PEDRO HENRÍQUEZ UREÑA.

Ezequiel Martínez Estrada

SOBRE UN FONDO DE FACTORIA Y DE CONQUISTA

LA ESPAÑA de Franco y la Inglaterra de Churchill o de Atlee que ahora se nos revela, nos evidencian hoy lo que vieron claro los desterrados argentinos de 1837 a 1852, y lo que se dejó de ver y de decir desde 1853. Es un atisbo de Sarmiento que concreta *Facundo* aunque en los años 1841 y 1842 lo expone con mayor decisión y en forma más persistente. Leemos en *Facundo*: «Digo lo mismo con respecto a la Inglaterra, cuya política en el Río de la Plata haría sospechar que tiene el secreto designio de dejar debilitarse bajo el despotismo de Rosas, aquel espíritu que la rechazó en 1806 para volver a probar fortuna cuando una guerra europea u otro gran movimiento deje la tierra abandonada al pillaje, y añadir esta posesión a las condiciones necesarias para firmar un tratado, como el definitivo de Viena en que se hizo conceder Malta, El Cabo, y otros territorios adquiridos por un golpe de mano. Porque, ¿cómo sería posible concebir de otro modo si la ignorancia en que viven en Europa de la situación de América no lo disculparse? ¿cómo sería posible concebir, digo, que la Inglaterra tan solícita en formarse mercados para sus manufacturas haya estado durante veinte años viviendo tranquilamente, sino coadyuvando en secreto a la aniquilación de todo principio civilizador en las orillas del Plata, y dando la mano para que se levante cada vez que ha visto bambolearse al tiranuelo ignorante que ha puesto una barra al Río para que la Europa no pueda penetrar hasta el corazón de la América a sacar las riquezas que encierra y que nuestra inhabilidad desperdicia?» Antes había escrito (en «El Mercurio», 1841): «La política europea que en América no tiene principio fundamental, sino interés material, y no más que especulación mercantil, es saltona, versátil, e inconsecuente en todas sus operaciones. Le es indiferente la monarquía o la república unitaria o federal, el despotismo o la libertad; y por eso un mismo gabinete manifiesta simpatía en favor de unos gobiernos y antipatía por otros, cualquiera que sea su principio fundamental. Es amiga del gobierno liberal si le conviene, y del despótico al mismo tiempo si le hace cuenta, en lo que trabaja muy bien, hace lo que

necesita y satisface su objeto»; «...los mezquinos gobiernos de América o los mandatarios interesados en conservar un puesto del que los arroja la opinión pública, no hallando en su alrededor apoyos nacionales, simpatías populares y fuerza moral, las mendigan en los agentes consulares, en la opinión de los extraños, y para sostenerse no sólo sacrifican al principio político, sino también el interés material americano. He aquí el pacto que hacen: yo te entregaré, dicen, el gobierno, el principio económico y tu ayúdame a sofocar el político. Pactada y firmada esta convención, fácil es decir las consecuencias dañinas que fluyen contra la América y la organización de sus gobiernos.» Y en un arranque, increíble en el Sarmiento ulterior a 1847, exclama: «...los americanos preferimos volver a la vida salvaje, vestirnos de pieles y plumas, errar en los bosques y renunciar a los beneficios de semejante civilización, si ella habría de traernos la pérdida de la independencia, las cadenas de un déspota y las barbaries de sus atrocidades.» En el mismo diario (artículos del 19 y 23 de Agosto de 1842) persiste en la misma denuncia: «La Europa mercante veía abrirse las puertas de un mundo que había permanecido cerrado a la concurrencia durante tres siglos.» «...Dividir para reinar es un viejo consejo de la política europea, e irse por partes es lo que el sentido común enseña.» «...Desde luego el año 1806 intentó un golpe de manos, que por su desgracia salió errado. Sobrevino la independencia y obtuvo un tratado de comercio ventajoso, pasó aquella lucha y sobrevino la lucha de organización y aquí empezó a echar sus cuentas. Había dos partidos: uno que reunió un congreso que declaraba sagrada la emisión del pensamiento por la prensa... Había otro partido, compuesto de las resistencias de provincia, de los viejos godos y ocupados, de los caudillos absolutos... ¿Qué es esto Dios mío! ¿Qué horrible arcano oculta esta política criminal y suspicaz? ¿Se dirá que un gobierno europeo no puede intervenir en las disensiones domésticas de un país americano? Por eso mismo decimos nosotros, ¿por qué el agente inglés no se limita a presenciar, como lo hacen los demás de las otras naciones, sino que se interesa y coadyuva a la conservación de ese sistema de destrucción?» Y anteriormente el 10 de Agosto de 1842, había escrito en el mismo diario: «¿Protegerá la Inglaterra a Rosas, el caníbal, porque ha exterminado o alejado de aquel suelo ensangrentado a todos los hombres de luces, a todos los militares, a todos los jóvenes que aman la libertad y la independencia, a fin de que sea más fácil coger la rosa cuando hayan caído todas las espinas que la defendían?

¿Protegerá la Inglaterra al exterminador porque empobrece sistemáticamente a su país y le priva de medios de defensa; porque ha esclavizado toda resistencia y toda manifestación de libertad? Cuando los cónsules extranjeros quisieron elevar una protesta en el mes de Abril contra las horribles matanzas, y el agente inglés se opuso, ¿sería porque aun no se había degollado el suficiente número de enemigos, de los que más tarde pueden levantarse contra una nueva conquista? Ah, acaso llegue el día que se rasgue el denso velo que cubre estas tenebrosas maquinaciones. Pero se rasgará cuando el mal esté consumado.» El chileno - argentino Francisco Bilbao habrá de decir años más tarde en su libro *El Evangelio Americano*, escrito en Buenos Aires (1864): «Trabajos de Inglaterra para sublevar las colonias españolas, con el objeto de tomar la revancha y abrirse el mercado de un continente. Pitt, en 1797 había mandado derramar proclamas en América, asegurando socorro en dinero, armas y municiones a cuantos quisieran intentar revolucionarla.» Son las ideas de Sarmiento que apenas emite someramente en *Facundo*, acaso contando con la posible cooperación de ese país para el derrocamiento de Rosas. Después de la caída de éste y de su asilo en Gran Bretaña ¿se vuelve a plantear este problema, que es otro de los términos de la ecuación de la pervivencia de la Colonia en Hispanoamérica, espiritualmente española, económicamente inglesa? Las acusaciones a Inglaterra, desde 1852, parecen las del abogado del diablo. Pero lo cierto es que en *Facundo* discrimina España — barbarie de Inglaterra — civilización. Hoy ¿no comprendería Sarmiento que España forma parte del territorio colonial de Iberoamérica? Ese es otro aspecto de la suramericanización de España.

Desde 1807 queda decidido para varios siglos el destino de España y de Italia como consecuencia de decidirse el destino de los países suramericanos. Lo que Sarmiento le reprocha a Inglaterra, por su diplomacia aviesa, el sostén de tiranos ignorantes que esclavizaron a las naciones suramericanas, desde 1852 lo realizará ese país insaciable sometiéndonos indirectamente por la tiranía del despotismo y la ignorancia a dos países europeos, utilizados como agentes impersonales de su política mercantil. España e Italia estacionadas, gobernadas simultáneamente por reyes y pontífices que no tienen otro sostén que el de su oculto apoyo, son condición indispensable para el dominio sobre Hispanoamérica. Hoy la España de Franco y la Italia del Vaticano más que la de los Saboya, no tienen otro respaldo que la fuerza imperial de Inglaterra

y concomitantemente de los Estados Unidos. Las dos penínsulas se apoyan sobre las Islas Británicas. Los países hispanoamericanos recibirían toda la ayuda posible a los intereses sajones dentro del orden financiero y económico universal, con la absoluta garantía de que nunca podrían alcanzar sin tener conciencia clara de sus verdaderos problemas nacionales, una libertad de primer grado que les permita percibir su estado de verdadera sumisión. El fomento del recelo entre los países hispanoamericanos y de las asonadas de cuartel, repudiadas en las fórmulas de los protocolos periodísticos, pero sostenidas por la red de los intereses secretos, habría de ser semejante al dominio de la corona borbónica, con el agravante de que no pudiéramos intentar un movimiento de independencia contra él. Cualesquiera sean los trastornos que derriben a unos y otros gobiernos surgidos de la violencia, el de los defensores de la causa antiamericana o de las masas envilecidas por una educación nefasta y por el soborno, dentro de la elasticidad límite de esta estructura de tipo colonial, servirán directa o indirectamente a aquellos intereses. La estructura que con la emancipación esos países obtienen, solidificada precisamente por las soberanías que nada significan sino para estimular las causas del rencor, se torna indestructible porque en apariencia sus intereses nunca están mejor defendidos que por la desinteligencia y el desorden. Todos los problemas centrales se desplazaron a la periferia, y la libertad que nos permiten es la que les conviene.

Se estabiliza un estado inorgánico, en que ciertas leyes arbitrarias de un orden irracional, mantienen un latente desorden. Sarmiento vió, y lo dijo con muy claras palabras, que se trataba, más que de personas y de ideas personales, más que de sistemas políticos y de proyectos de adelanto, de una cuestión mucho más esencial: de la persistencia del dominio de España en las costumbres, en las prácticas viciosas. España, era, pues, para él como para otros muchos grandes americanos amantes de la libertad, un lema de opresión más que un país. Sin tener un repertorio de ideas que le hubiese permitido plantear los problemas en sus términos precisos, señaló a España como la causa de nuestros males, explicando numerosas veces qué acepción había de dársele a la palabra España. Nosotros por España leemos hoy dos cosas: supervivencia de la historia colonial e imperialismo anglo-sajón. Por eso es que la realidad de 1945 es la misma de 1845 y que *Facundo* es la obra de mayor actualidad. Sólo requiere una lectura actualizada.

Cuando en su vejez Sarmiento reitera ideas de cuarenta años atrás, se supone que repite con terquedad senil lo que ya había dicho, por cierto en forma más clara y brillante. No se le cree, porque aparentemente todo ha cambiado con la desaparición de las personas y de las tácticas brutales de quienes encarnaban ingenuamente aquellos resabios de la Colonia. La inmigración en gran escala y la introducción de maquinarias y técnicas de una industria fabril y cultural que Inglaterra y Norteamérica elaboran y proveen profusamente, borró los rastros de aquel estado nativo de cosas. Lo que Sarmiento llamaba barbarie quedó cubierto por una película de civilización, de cultura y de progreso importados. El insistía, porque en realidad era ese cambio de personas y de tácticas lo que hacía que sus contemporáneos perdieran de vista la verdadera realidad, lo que consolidaba estructuralmente, funcionalmente, el orden colonial. Sin duda, de vivir hoy y de haber adquirido mayor dominio y ajuste en el arte de desarrollar sus ideas, de fundamentarlas con nuevos conocimientos adquiridos en las ciencias históricas y antropológicas y en las ciencias políticas y económicas, Sarmiento volvería a insistir en su teoría, con mayor terquedad, aunque también es indudable que no sería comprendido ni siquiera escuchado. Pero no podría dejar de advertir que España es, para Hispanoamérica, el cebo y el halcón de cetrería del neonacifascismo británico.



RUMBOS DEL ESPIRITU

HACIA UN IMPERIO MENTAL HISPANOAMERICANO SIN ESPAÑA

EL IDEALISMO racial de los entusiastas consejeros de Franco, ya que éste, como especialista militar de conjuraciones, poco ha de entender en estas materias, surge de tarde en tarde para acariciar las posibilidades de un imperio espiritual hispanoamericano. Por ahora tales divagaciones no pasan de serlo; pero en el caso, ya material e históricamente improbable de una victoria del nacifascismo, semejantes imaginaciones asumirían caracteres de posibilidad no fundadas en motivos de raza, sino en meras razones de fuerza bruta o de lastimoso engaño.

Los españoles basan sus ensueños de predominio espiritual en Hispanoamérica en el hecho de haber aportado a estas comarcas una civilización principalmente apoyada en la raza, la religión cristiana y el idioma español. Nadie se da el lujo en estos días de creer en las razas humanas, con el significado adscrito a esta palabra en la caracterización de las especies naturales. En incontables siglos de historia y en las brumas impenetrables del tiempo las actividades del hombre están puntuadas por la mezcla de los varios tipos humanos. La domesticación del hombre dió principio a las numerosas variedades del género, como de la domesticación del lobo surgieron las innumerables especies de perros.

Al llegar a América la tribu española no era una raza en el concepto zoológico ni siquiera del punto de vista nacional. Los españoles del siglo XVI tenían sangre de romanos, de iberos, de sarracenos, de griegos y de hebreos. No eran una sino varias nacionalidades, unidas en la defensa del cristianismo, pero divididas por el concepto nacional en aragoneses, castellanos, leoneses, catalanes, navarros *e via discorrendo*. No era una la lengua: por haber sido castellanos los reyes que organizaron la expedición colombina, se dió la orden de propagar en los países conquistados la lengua de Castilla y la religión de Cristo. Acá las razas españolas, ya mezcladas, vinieron a entrelazarse con los indios, de los cuales había varios tipos étnicos, y con los negros de Africa. Mayor confusión de la producida por estos entronques es difícil de imaginar. A lo

cual conviene añadir que latinos de otras procedencias, eslavos, tudescos, irlandeses, suecos, ingleses, escoceses, griegos, hindúes, chinos, sirios, cuantas son las variedades humanas conocidas han venido a enturbiar la sangre de estas gentes americanas o a purificarla, sin disminuir la profusión de las mezclas.

Predominó en un principio sin duda el abigarrado tipo español, pero no sólo el hecho de ser tipo mezclado, la circunstancia de ligarse parentalmente con las razas americanas y las de otras comarcas de Europa, sino la razón suprema de la influencia del medio les dió a estas gentes en los rumbos del espíritu caracteres muy diversos del conquistador y colonizador originales. España tenía una cultura en el siglo XVI; todo pueblo la tiene; la tuvieron los indios en México, en Guatemala, en Cundinamarca, en el Perú, en la Araucanía. Sólo que en la falsa idea de sus intereses de imperio los españoles no dejaban llegar íntegra a estos dominios la cultura de que eran poseedores. Temían el resultado de una difusión excesiva de conocimientos en pueblos no preparados, según los gobernantes españoles, para absorber ciertas nociones sobre la vida y la historia; sobre el destino del hombre en la tierra, sobre las ciencias de ese tiempo. El monarca que abrió un tanto las puertas y ventanas del espíritu, al fin del dominio español sobre estas comarcas, alimentaba ideas traídas de Francia o tenidas por francesas. Su nombre y sus hechos son materia de concentrado vituperio por los hombres que hoy delirán con el imperio espiritual de las gentes hispanas e hispanoamericanas.

El medio ambiente ha echado ya diferencias insalvables entre España y las Américas. Podemos entendernos con gobiernos civilizados, cristianos, fundados en el respeto de la conciencia y del individuo. No es posible imaginar entre España y los americanos más alianza que el vasallaje mientras duren allí las ideas que encarna el actual gobierno, entre la represión y el homicidio legal o ilegal como régimen ordinario. No solamente hay diferencias sustanciales entre los pueblos americanos y la España hodierna; la distancia material entre algunos de estos pueblos, la falta de medios de comunicación, las condiciones del suelo, de la posición geográfica, de la economía y de los regímenes políticos han creado entre ellos diferencias fundamentales. Los ligan espiritualmente dos conceptos, el sentido de la libertad y un sentimiento de unidad ante las tentativas de expansión imperialista por parte de naciones europeas o asiáticas. Ambos caracteres pugnan en su esencia con la España franquista.

De otro lado nuestra cultura no es exclusivamente española. Vivimos separados culturalmente de España durante décadas posteriores a la emancipación definitiva. Durante un siglo la meridiana de estas naciones pasaba por la capital de Francia a poca distancia comercial de Londres. Cuando Madrid empezaba a desviar esa línea hacia su centro, cuando empezaba la América Hispánica a oír la voz de Gánivet y de Ramón y Cajal muertos, y de muchos otros, surgió la inédita inteligencia de Franco, a cuyo influjo la inteligencia verdadera de España se ha desparramado a los cuatro vientos para fundar en el extranjero una España nueva, triste, es verdad, pero llena de esperanzas. Esta inteligencia emigrada, pensativa y doliente acaso venga a ser la primera semilla de un imperio mental hispanoamericano sin España, fundado en la libertad y en un sentimiento noblemente calificado de nuestra unidad.



MONOLOGO DE ALEJANDRO

*Endeble es el destino de los hombres
que no mandan ejércitos;
y variable su suerte
si esperan el favor de los gobiernos.
Más breve que la flor que dura un día
y al otro se marchita,
más que el paso de un ave sobre un árbol,
o el viento inútil que nos besa,
es el labio de un rey cuando promete,
la mano distraída
del poderoso cuando nos sostiene.
Sólo un amante tienen los amantes
y pronto lo traicionan;
los mil adoradores de un tirano
¿no serán nunca traicionados
por alguien que al milésimo prefiere
y a los demás olvida?
¿Qué inmenso corazón hay en el mundo
que contenga los actos
de mil hombres de caras desiguales?
¿Qué virtudes serían comparables
a la última mentira
que halaga sus oídos soberanos?
Felíz, felíz tan solo
quien vive retirado entre sus libros,
y de una sabia educación
y un poco de dinero
se satisface amando y contemplando.*

*Pero más lamentable
aún es el destino del que manda,
sujeto a variedades,
y a un universo de infidelidades,
a alabanzas que esconden una injuria,
y a una solicitud tan fatigosa
que si acaba pronto con sus días,
se convierte en las rápidas espadas
que lo asesinarán en un palacio,
al lado de su estatua coronada
por los laureles de la adulación.
¿Por qué quieren mandar, si sólo manda
quien ejecuta su albedrío,
y dirige sus pasos
hacia donde eligió su voluntad?
Más noble es el gobierno
de una mente ordenada e indeclinable;
más honroso el dominio
de un jardín bien cuidado,
con flores que responden a los meses
diversos y suntuosos
de un año sin más cambios que las lluvias,
y las temperaturas,
y el curso de los graves pensamientos.*

A Y E R Y H O Y

HAY un imperativo de perennidad y otro imperativo de modernidad: los hombres de cada generación deben hacerlos coincidir si no quieren vivir en vano.

*

A medida que el alma sea considerada cosa de este mundo — no del otro — la cultura humana irá dejando de ser un énfasis.

*

No dudemos de que la pedantería moralista es bastante peor que la sabihonda.

*

La ausencia de peligro, con la pérdida de la necesidad de montar guardia sobre nosotros mismos, que comporta: defender nuestra libertad con lo más amoroso y valeroso que en nosotros alienta — es el comienzo del aniquilamiento en el león como en el hombre.

*

La educación corriente y una tradición poética y moral de siglos siguen empeñados en sugerirnos que lo heroico está más o menos irremediamente ligado a la truculencia y al peligro físico, al lance más o menos dramático o melodramático, y tiene como ocasión imprescindible, una batalla, un duelo, un naufragio o cosas por el estilo. Un tipo de heroísmo mucho menos vistoso y más difícil cuyo mejor ejemplo sería la vida entera de Benedicto Spinoza, no es reconocido por casi nadie: la tensión suprema y sin tregua de la voluntad y del entendimiento que exige la busca de una verdad que puede contradecir

el fallo de los siglos o del más populoso y acabado sentido común; la consagración incomparablemente masculina a esa tarea que obliga a la renuncia a comodidades y vanidades demasiado humanas o aún a halagos y afectos de que hasta los parias disfrutaban; el valor de la calidad parecida al diamante para desafiarlo todo, desde las autoridades más indiscutibles y majestuosas, hasta el enojo más o menos expoliador u homicida de los gobiernos y las clases oficiales, y el desabrimiento de los amigos o de la parentela; el verse jaqueado por la incompreensión, la negación y la calumnia y aceptarlas como pruebas necesarias; el verse confinado a una soledad asfixiante, a una especie de Tebaida espiritual, y aceptada también, no sólo sin amargura, sino con una clara sonrisa a cada respiro que la vida llega a otorgarle; el vivir una vida entera sin tener que reprocharse una sola concesión blanduja, un solo compromiso turbio con los polizontes del orden falso, una sola infidelidad a la verdad y a sí mismo.

*

El sentimiento de la Naturaleza no exige erudición. La erudición meteorológica, zoológica o fitográfica puede estorbarlo. Los naturalistas suelen carecer de él.

*

Lo que destapa la pulpa de lo maravilloso alzando la cáscara de lo vulgar, lo que lleva al hombre de lo que se momifica hacia lo que fluye, de lo mecanizado y papelerero hacia lo viviente: la realidad más sustancial: eso es poesía. Las convenciones verbales y gramaticales que llevan su nombre suelen ser la antipoesía, claro está.

*

Hay una larga distancia entre el canto del pájaro arresado en la doméstica jaula de alambre y el del pájaro libre en el aire o cobijado paradisiacamente por el árbol, cantando a la hora que él sabe, en la compañía gloriosa del alba, entre el brillo de las últimas estrellas y el del primer rocío, en que la brisa sopla en la virginidad de su frescura y el colmo de su saturación de esencias de la tierra — o a altas horas de la ma-

ñana, en una soledad redondamente azul y un silencio clarísimo, hechos adrede para la revelación de su música.

*

Si la impalpable mente humana y la concreta Naturaleza, duales y separadas como se ofrecen no fueran en el fondo una sola esencia (el misterio del hombre y de lo que lo rodea es uno solo) el hombre sería realmente un desterrado en la tierra, un extranjero aquí abajo. . . que es lo que han sostenido todos los teólogos. La Naturaleza ha sido el cuco de todos los instauradores de regímenes celestiales.

*

Más de un psicólogo moderno ha sospechado que el pesimismo suele tener su principal raíz en la dispepsia. Podemos darlo por indiscutible. Eso sí, es preciso agregar que por dispepsia hay que comprender también la del espíritu obligado a ingerir los más indigestos platos posibles: los dogmas y las supersticiones con aureola — piadosas, morales o políticas.

*

¿Cómo penetrar el espíritu de lo último: el hombre aislado, el alma individual, sin penetrar el espíritu de lo primero: la tierra, la planta, la bestia, la tribu nómada, la ciudad sedentaria?

*

Si la carne y la sangre no son todo el amor ¿cómo puede este llegarnos sino conducido por ellas?

SACCO Y VANZETTI

HACE justamente veinte años, el 23 de Agosto de 1927, fueron ejecutados en Boston Bartolomé Vanzetti y Nicolás Sacco, después de un proceso que duró siete años y que provocó enorme expectación en todo el mundo. Los motivos son conocidos: esos hombres fueron culpados de la ejecución de un asalto en que resultaron muertos el pagador de una fábrica y su acompañante. Durante el largo juicio, y a pesar de los esfuerzos de jueces y policías, no se pudo comprobar fehacientemente la culpabilidad de esos dos hombres. Pero el proceso, más que carácter netamente jurídico, alcanzó carácter político y de ahí que no obstante la falta de pruebas y en contra de la presión que se ejerció sobre jueces, fiscales, gobernadores, y aun sobre el mismo Presidente de la República, Sacco y Vanzetti fueron electrocutados.

«Jamás, desde la guerra del Sur, desde los días trágicos en que John Brown murió como criminal por intentar solo en Harper's Ferry lo que como corona de gloria intentó luego la nación precipitada por su bravura, hubo en los Estados Unidos tal clamor e interés alrededor de un cadalso.»

Estas palabras, escritas por José Martí a propósito del también célebre proceso de Chicago, recordado anualmente por los obreros el día 1.º de Mayo, se pueden aplicar al caso de Sacco y Vanzetti, ya que hay, a través de la historia de la justicia norteamericana, una clara línea de terribles crímenes jurídico - sociales que empieza quizá con John Brown, sigue con Parsons y sus camaradas, toca las cabezas del pescadero Sacco y del zapatero Vanzetti, llega hasta los negros de Scotsboro y se extiende, hacia el futuro, buscando nuevas víctimas.

*

Vanzetti y Sacco, anarquistas italianos, saciaron el deseo de venganza que experimentaba en aquel tiempo la burguesía del Estado de Massachusetts, sometida a una larga ola de huelgas y agitaciones obreras, así como a algunos atentados — sabotaje — a la sagrada propiedad. Detenidos por sospechas en los momentos en que se dirigían a un mítin obrero, Bartolomé Vanzetti y Nicolás Sacco no pudieron soltarse ya de las garras de sus verdugos. Acusados de agitadores obre-

ros, negaron tal acusación; tenían mujer e hijos, nacidos en Estados Unidos, y no querían exponerse a la deportación hacia una Italia en que el fascio tenía tan buenos métodos como los norteamericanos para deshacerse de sus adversarios. Se les probó lo contrario, lo que era fácil, y de ello se aprovechó el procurador del Estado para asegurar que «el hecho de que estos dos hombres hayan mentido tan descaradamente, siendo además desertores del ejército y comunistas, demuestra de modo luminoso la conciencia que tienen de su culpabilidad en el crimen que se les imputa.»

O sea, el que podía negar ser agitador obrero, podía también negar ser criminal, y el que era lo uno ¿por qué no podía ser lo otro? La justicia de clase tiene agudos recursos.

Se formó en Boston un comité de defensa que sesionaba permanentemente, de día y de noche, y a través del mundo, en Buenos Aires y en París, en Sidney y en Madrid, se constituyeron organismos que agitaron la opinión pública en favor de los acusados. Los más altos escritores de la época, como Romain Rolland, Bernard Shaw, Wells y otros, pidieron clemencia y también la pidió la más alta cabeza científica de este siglo: Albert Einstein. Alfred Dreyfus, que conservaba todavía en su carne los recuerdos de sus cadenas, intercedió también. La poetisa norteamericana Edna Saint - Vincent Millay, gloria de New England, dirigió al gobernador de Massachusetts un ardiente llamado. Todo fué inútil: John Brown había sido ajusticiado, lo habían sido Parsons y sus camaradas y lo mismo ocurriría con los negros de Scotsboro; ¿por qué se iban a librar Vanzetti y Sacco? El día 23 de Agosto de 1927, en medio de la expectación mundial, el vendedor de pescado y el zapatero fueron electrocutados. La burguesía pudo dormir tranquila.

*

Hay una canción popular que recuerda a John Brown; la saben los niños de Estados Unidos y aun los de países de diferente lengua, aunque la canten en inglés; las palabras de Parsons en el momento de ser ajusticiado: «Salud, oh tiempos en que la voz que váis a sofocar será más elocuente que cuantas palabras pudiera yo decir ahora», pertenecen a la historia del proletariado mundial. Sacco y Vanzetti dejaron también recuerdos imperecederos. Uno de ellos es la carta que Bartolomé Vanzetti escribió desde la cárcel a Dante Sacco, hijo de su compañero. Dice:

«Mi querido Dante: Espero aun, y lucharé hasta el último momento para reivindicar nuestro derecho a la vida y a la libertad; pero todas las fuerzas del Estado, del dinero y de la reacción están contra nosotros porque somos libertarios. No te hablaré de esto, pues eres aun demasiado joven para comprender esas cosas y muchas otras que me agradaría explicarte. Pero crecerás y llegarás a comprender el proceso de tu padre y el mío, a causa del cual pronto nos llevarán a la muerte.

» Quiero decirte todo lo que sé de tu padre: no es un criminal sino uno de los hombres más valientes que he conocido. Algún día comprenderás lo que ahora voy a decirte: que tu padre ha sacrificado todo lo caro y sagrado al corazón y alma humanos por su fe en la libertad y en la justicia. Ese día te sentirás orgulloso de tu padre y si eres bastante valiente ocuparás su lugar en la lucha entre la tiranía y la libertad y vindicarás nuestros nombres y nuestra sangre.

» Si tenemos que morir ahora, sabrás, cuando seas capaz de comprender a fondo esta tragedia, cuán bueno y valiente ha sido tu padre, tu padre y yo, durante estos ocho años de lucha, penas, pasiones, angustias y agonías.

» Recuerda, Dante, que quien diga lo contrario de tu padre y de mí será un mentiroso e insultará la memoria de dos inocentes que han sido valientes durante su vida. Y recuerda y entérate también, Dante, que si tu padre y yo hubiésemos sido cobardes, hipócritas y renegados de nuestra fe, no hubiéramos sido condenados a muerte. Ni siquiera hubieran condenado a un perro rabioso o ejecutado a un escorpión venenoso con las pruebas que tenían contra nosotros. Hubieran permitido la revisión del proceso a un matricida o a un criminal con las pruebas que presentamos para ello.»

Pero hay algo más. En una de las audiencias Vanzetti dirigió al juez Thayer una alocución que ha tenido un alto y extraño destino: el de ser considerada como un poema, y como tal fué incluida en la *Antología de la moderna poesía norteamericana*, editada por Selden Rodman. Dice:

*He hablado mucho de mí
y he olvidado el nombre de Sacco.
Sacco es también, desde su infancia,
un obrero enamorado de su trabajo...
No ha pensado jamás en robar ni en asesinar,
y él y yo, desde los días de nuestra niñez
hasta ahora mismo, no nos hemos llevado jamás a la boca*

*una miga de pan que no fuese ganada con el sudor de nuestra frente;
jamás...*

*El nombre de Sacco vivirá aún en el corazón de los pueblos
y en su gratitud cuando los huesos del procurador Katzmann
y vuestros huesos sean dispersados por el tiempo,
cuando vuestro nombre, y su nombre, vuestras leyes, vuestras
instituciones*

*y vuestros falsos dioses no sean más que el triste recuerdo
de una época en que el hombre era un lobo para el hombre.*

Si todo esto no hubiera ocurrido

habría podido vivir mi vida

hablando en las esquinas con seres humildes

y hubiese muerto sin relieve, desconocido, inadvertido;

pero ahora somos alguna cosa

y esto es nuestra vida y nuestro triunfo. Jamás,

a lo largo de nuestra vida,

hubiésemos podido esperar semejante preocupación

por la tolerancia, la justicia y el entendimiento humanos,

como la que hemos despertado entre los hombres, por accidente.

*Nuestras palabras, nuestras vidas, nuestros nombres, no valen
nada.*

La ejecución de nuestras vidas —

la de un buen zapatero y la de un humilde vendedor ambulante—

lo valen todo.

Este último momento nos pertenece.

Esta agonía es nuestro triunfo.

*

Cuando el escritor Robert Goffin, algunos años después de la ejecución de Sacco y Vanzetti, visitó una escuela del norte de Chicago, supo que los alumnos sabían de memoria las siguientes frases del último requerimiento que Vanzetti dirigiera al gobernador de Massachusetts: «En principio, aborrecemos la violencia, que constituye la forma más grosera de la coerción y de la autoridad. Estamos con Garibaldi, que decía: *Únicamente los esclavos tienen derecho a la violencia para liberarse; sólo la violencia que libera es legítima y santa.* Antes de nuestro arresto hemos vivido doce años en este país y hemos vivido trabajando, honestamente, sin actos de violencia. La única violencia que ha sido perpetrada es la que ahora se ejerce contra nosotros.»

Bellas palabras, pero vanas palabras dirigidas a un hombre que representaba la forma más grosera de la coerción y de la autoridad.

EL EXPERIMENTO

CÓMO me gustaría conversar con la gente de las cosas que verdaderamente interesan, si la gente fuese más afectuosa y no estuviese tan ocupada en sus propios asuntos.

Porque no acabo nunca de convencerme de que cada individuo es más interesante de lo que uno se imagina. Sin ir más lejos, no hace mucho me sorprendió en este sentido un sujeto de quien me estaba formando una idea muy mala. No sé cómo llegué a producirle tal confianza, al punto de que me preguntó, un día, si yo me había fijado que cada vez que en un cine se corta la película, aparece en la pantalla, entre unas rayas desbocadas, un 3 vuelto al revés. Yo, en verdad, no me he fijado en esto, y tuve que ocultar con una sonrisa mi reconocimiento por el mérito de este semejante. Mérito que estoy en condiciones de apreciar, porque yo — modestia aparte — también he observado cosas no menos interesantes.

Más que observar cosas así creo que me gusta mirar al resto de la gente y oírles cómo discurren. Y, sobre todo, descubrir sus manías.

Conocí, por ejemplo, a un individuo — un excelente amigo — que se le ocurrió nada menos que corregir detalles de la cara de una mujer con métodos psicológicos de su invención. Casi siempre los hombres prefieren hacer esta clase de experimentos con mujeres, y vice-versa.

Es posible que valga la pena relatar esto desde el comienzo. Se anunció un día que vendría una mujer a la sección de la oficina en que trabajábamos. Desde hacía un tiempo trabajábamos allí un grupo de varones muy heterogéneo, a quienes no describiré porque tienen muy poco que ver en lo que voy a contar, y no me atrevo a distraer a nadie sino el tiempo indispensable. Todos ellos recibieron la noticia primero y a la mujer después, con comentarios y reacciones muy diferentes. Los que más nos abrumaban con relatos de conquistas admirables y arriesgadas, no fueron desde luego los más complacidos con este incidente. Parece que siempre les gusta mantener a ellos una gran distancia entre el teatro de sus hazañas y el otro teatro donde las relatan.

La mujer — que llegó al fin — era de cierta edad, aunque particularmente ágil. Era deportista y muy generosa. Como

que a nadie mezquinaba la admiración de sus atributos. Su cara era más bien fea, casi bastante fea. Mi amigo decía en este tiempo que ella era fea de pies a cabeza, aunque nunca podrá estar de acuerdo en ello. «No se le puede llamar gorda — decía —; es más bien delgada; pero tiene todo tan redondito, con demasiada lozanía. Ustedes no poseen el sentido de lo delicado. Etc.» Cada uno con su gusto. Ella era casada. Con un solo hombre, por supuesto, pero se mostraba muy contenta de pasar el día con nosotros. Lo mejor que tenía era la risa. Oíría era como si le mojasen a uno la espalda con agua muy cristalina.

Transcurrió el tiempo y nos fuimos acostumbrando a esta mujer. Nunca le faltaban a ella recursos para mantener nuestra atención dedicada a su persona, al mismo tiempo que impedía se propasasen ciertos límites. Por ejemplo, solía poner un pie sobre el escritorio para mostrarnos alguna media especial que acababa de comprar, pero si alguno llevaba su interés a palpar el tejido, se exponía a una bofetada suya, que podía dar con singular vigor.

Mi amigo estaba entre los que hicieron comentarios más festivos de ella. Descubrió incluso que había un desacuerdo entre la expresión de sus ojos y el resto de su cara. Decía que cuando ella reía, los ojos solían permanecer impassibles, como ignorantes de todo, y que algunas veces en que su cara estaba seria, ellos echaban a reír por su cuenta. Esta observación le pareció especialmente graciosa y la repitió hasta el cansancio, comentándola en conjunto y separadamente con cada uno de los empleados de la oficina. A menudo nos hacía guiños cuando le parecía que se estaba cumpliendo el fenómeno, para que lo comprobásemos.

Mi amigo había leído algunos libros, pero es posible que ciertas ideas suyas fuesen originales. Un día, mientras almorzábamos, nos explicó, a mí y a Rojas, la causa del singular comportamiento de los ojos de la mujer. Decía que ello era debido a un desequilibrio de su personalidad. Que el deporte y su desproporcionado desarrollo fisiológico, habían entorpecido su desenvolvimiento sentimental, relajando las conexiones con los órganos en que éste se manifiesta al exterior. Así, decía que no existiendo en ella una coordinación armónica, las partes más expresivas de su rostro podían actuar separadamente. Y qué sé yo cuántas otras cosas, que ahora no recuerdo. Lo más importante es que dijo que esto podía curarse con un método bien estudiado. Que ello era largo, pero no imposible de realizar. Y que consistía en líneas generales en poner a su

alcance, con regularidad, algunos estímulos sentimentales, como quien suministra una dosis continuada de este impalpable ingrediente, hasta lograr en ella un equilibrio interior. Rió luego ante la forma como escuchábamos, tal que si acabase de decir algo divertido, con risa desproporcionada e inútil. Creo que dijo esa vez incluso que sería muy interesante llegar a realizar el experimento.

La verdad es que nunca pensé que más tarde se iría a poner él mismo a la tarea de llevarlo a cabo. Por lo demás, creo que yo nunca llegué a comprender a este individuo del todo, porque era una persona extraña desde muchos aspectos. La suya pertenecía a esa clase de naturalezas tímidas, de los que meditan y cavilan muchísimo más de lo que actúan, poseyendo al mismo tiempo una extraordinaria constancia. Transformaba con facilidad en hábitos los actos más insignificantes. Y llegaba por este camino a convertirse en un verdadero maniático.

El experimento comenzó por un período de observación y acercamiento a la mujer, a fin de estudiar sin duda todos sus aspectos aprovechables para el fin propuesto. Desgraciadamente no conozco sus reacciones personales durante la marcha de él, porque mi amigo se tornó muy poco comunicativo y dejó desde entonces casi por completo de referirse a esta mujer entre nosotros. A mí me habría gustado algunas veces hacerle preguntas al respecto, pero comprendía que existía algo que impediría que ellas fuesen bien recibidas y sólo me conformé con alusiones voluntarias, que fueron, como decía, cada vez más escasas. Lo que sigue, pues, es el producto de mis propias observaciones, que creo por lo demás son suficientes para formarse una idea del asunto.

El estímulo sentimental o dosis curativa que nos mencionó el improvisado hombre de ciencia, se lo procuró aprovechando una circunstancia curiosa. Había pasado las vacaciones recientes, como de costumbre, en su pueblo natal. Conoció esta vez allí a una muchacha joven, de 19 años, que cursaba aun su último año en el liceo de la localidad. No sé en detalle cómo fué el encuentro ni qué pasó en los días que siguieron, pero ocurrió que la muchacha se enamoró de mi amigo con la pasión que suele sentirse a esa edad. Su amor se vertía en una correspondencia nutrida que recibía él a veces a diario, a veces cada dos o tres días.

Pues bien, decidió nuestro experimentador que estas cartas debía recibirlas la mujer de la oficina y todavía más que eso, debía ella leerlas antes de que llegasen a él. Lo primero fué muy sencillo, puesto que la mujer estaba encargada de re-

cibir la correspondencia de la oficina y bastó por lo tanto indicarle a la muchacha que enviase las cartas a esta nueva dirección. Lo segundo, o sea, obtener que la mujer las leyese, fué un poco más lento, pero también posible.

La correspondencia llegaba a mediodía, entre las 12 y 1 de la tarde, cuando los demás empleados de la oficina habían salido a almorzar. Nosotros, la mujer, mi amigo y yo, permanecíamos allí, porque teníamos otro horario. Las primeras cartas en sobres rosados fueron entregadas por la mujer con las bromas usuales en esos casos, que mi amigo no desmentía. Se ponía a leerlas en cualquier lugar, con una sonrisa benigna en la boca, como sin darles ninguna importancia. A la segunda o tercera de ellas, lanzó de pronto mientras leía, una gran carcajada. Estaba sentado en el sofá del frente del escritorio de la mujer. Apenas la risa le permitió hablar, dijo con voz extraña:

— Vea usted lo que son las muchachas... ¡Qué chiquilla es!... Figúrese que dice... a ver... a ver... dice que tiene en su ventana diecinueve matitas de cactus y que le ha puesto mi nombre a una de ellas...

— ¡Hombre, qué homenaje!

— ¡Cuándo me iba a imaginar que mi nombre serviría para un cactus!... Es una mocosita simpática... Todas sus cartas son muy curiosas... Si usted las leyese... pero ¡tome, léala usted!

— Supongo que es una carta privada ¿no? Y muy privada...

— ¡Pero si es una mocosa! No faltaba más.

— ¡Qué edad tiene?

— Bueno. Tiene diecinueve años y es toda una mujercita. Pero por dentro es apenas una chiquilla, apenas una chiquilla. Supongo que uno no va a tomar ello en serio... Después de todo, uno no tiene la culpa... La culpa la tiene alguna novela mala o el cine. Leerá luego otra novela y todo pasará y comenzará a soñar en otra cosa...

La mujer, que parece tenía más curiosidad que respeto por la privacidad de la carta, la leyó con entusiasmo, con una sonrisa vagándole en el rostro. El la miró durante toda la lectura con fijeza, casi con ansiedad, y en cuanto la mujer hubo terminado, volvió a su gesto benigno, de hombre experimentado, se metió con indiferencia la carta al bolsillo y dijo:

— Lo mejor que tiene esta oficina es la vista de la cordillera. ¿Se ha fijado que ya comienza el deshielo?

Mi amigo pudo obtener con facilidad que las cartas de la muchacha fuesen de nuevo diarias. Convino con ella — la pobre lo aceptaba todo — que, debido a su excesivo trabajo,

sólo le escribiría los domingos, a cambio de que ella procurase escribirle todos los días, porque — le diría sin duda — cada vez necesitaba más sus palabras. Así esta lectura en la oficina se transformó en una escena cotidiana.

Yo no me acuerdo, desde luego, del texto de ninguna de ellas, pero cualquiera puede imaginarse cómo son las cartas de una muchacha que tiene diecinueve años y diecinueve cactus en la ventana. Ella procuraba cada vez recurrir a detalles y expresiones nuevas, pero la idea general era más o menos la misma. Aun así, siempre me pareció admirable su inventiva literaria y su entusiasmo. Algunos detalles se repetían con ligeras variantes. Por ejemplo, el vocativo era durante el primer tiempo «querido Fito» o «Fito querido» (mi amigo se llama Adolfo y supongo que aquello es una contracción de Adolfito). Después el «querido» se transformó gradualmente con el tiempo en «adorado», y aun a veces en «idolatrado», pero estos términos tan expresivos perdían su eficacia con la repetición diaria. Lo que parece no agradaba a mi amigo es que a veces de la lectura de ellas podían deducirse las frases encendidas que él debía usar para mantener el entusiasmo de la muchacha. La mujer lanzaba exclamaciones, seguidas de ésa su risa característica:

— ¡Caramba, qué fuego usa usted en su correspondencia!

El buscaba una sonrisa cínica y alzando los hombros, parecía decir: «¡qué quiere usted que uno haga!... usted comprende...» El era sólo el hombre galante, que sabe conducirse frente a una muchacha enamorada...

Sin embargo, algunos días el sobre rosado no llegaba, o a veces las cartas eran cortas y casi rutinarias — «los exámenes», decían, «algunas interrogaciones escritas» —. Entonces actuaba mi amigo y obtenía así que a estos días depresivos siguiesen otros en que la pasión alcanzaba una altura increíble, en que las comparaciones buscaban medidas para expresarse en pleno campo de la astronomía.

Desde este tiempo mi amigo había dejado de ser comunicativo conmigo y nunca se refería en su conversación a la mujer de la oficina. Yo notaba que nuestra amistad se enfriaba cada vez más y que no sentía ya placer alguno en charlar como antes. Sin duda de lo único que le hubiese gustado hablar era sobre este experimento, por el que cada vez mostraba mayor interés. Se quedaba largos ratos observando a la mujer mientras ella trabajaba, aun a riesgo de descuidar sus propias obligaciones. Pero había algo que le impedía sin duda hablar de ello y que me impedía a mí hacerle preguntas. Sólo una vez le oí decir, más monologando consigo mismo que dirigiéndose a mí, que

le cansaba tener que mentir a la muchacha cada semana. Que le repugnaba recurrir a ello. Y con los ojos muy fijos, musitó: «¡Pero tengo que hacerlo, tengo que hacerlo!»

Tal vez deba confesar antes de seguir, que yo nunca pude comprobar la parte más importante de todo, lo que en realidad motivaba este cuidadoso proceso, o sea, aquéllo de que los ojos de la mujer estuviesen en desacuerdo con el resto de la cara, o si reían o nó a destiempo. Un día que mi amigo no asistió a la oficina se me ocurrió ensayar una comprobación por mi cuenta y me dispuse a acercarme a ella y observarla con detenimiento. Cuando se dió cuenta de mi mirada atenta y de la cara con que la miraba, me rió con su risa fresca de muy buena voluntad, pero — bueno... jella reía con todo el cuerpo! Y en verdad que era agradable su risa. Fué así como decidí quedarme sin comprobar nada debido a mi falta de vocación. Porque comprendo que el investigador debe dejar completamente a un lado sus propios sentimientos y concretarse a la observación fría y precisa.

Pronto a mi amigo no le bastó el tiempo que podía dedicar en la oficina a esta preocupación suya, y decidió ampliar su campo de acción. Consiguió visitar a la mujer en su casa un domingo y conocer a su marido. Luego esas visitas se hicieron más frecuentes; iban al cine; hacían paseos juntos, hasta que llegó a dedicarle prácticamente todo su tiempo. Al marido, deportista como ella, parecía agradecerle tener a alguien como mi amigo que entretuviese a su mujer durante el día, y llegaron a ser excelentes amigos. Yo no sé si ciertos detalles respondían al plan preconcebido o se debían simplemente a la exageración que ponía mi amigo en todas sus cosas. Pero me parecía extraño por ejemplo que durante un tiempo fuese cada mañana a esperar a la mujer a su casa, para acompañarla a la oficina. Mi amigo vivía casi al otro extremo de la ciudad, de modo que esto significaba para él un sacrificio especial. Pero lo hacía sin protesta alguna, como el investigador que sacrifica todo para conseguir su objetivo.

No siempre, sin embargo, todo marchaba bien. Ya fuese que las cartas de la muchacha no tuvieran interés o faltaran simplemente, ya fuese que las reacciones de la mujer lo descorazonaran, lo cierto es que mi amigo comenzó a ponerse cada vez más huraño y de un humor imposible. A veces me pareció que debía hablarle, porque enflaquecía visiblemente, y grandes ojeras denunciaban sus noches de insomnio. Pero yo sé que tales intentos son ineficaces con estas personas maniáticas, con mayor razón si se ha enfriado la amistad.

En estos períodos bastaba un gesto de ella, bastaba que al leer la carta dejase rodar una de esas risas que, como dije, parecían agua clara en la espalda, para que mi amigo se encendiera en una alegría infantil, desproporcionada, que lo hacía andar de mesa en mesa, hablando, riendo, dando a la demás gente palmadas en la espalda, sin objeto, inesperadamente.

Un día la muchacha anunció que vendría a la capital, para iniciar estudios universitarios. Otro día apareció mi amigo con ella en la oficina, radiante de orgullo, porque la muchacha era verdaderamente bonita, y la presentó a cada uno de nosotros.

Se sentaron en el sofá del frente de la mujer. El amor ponía a la muchacha como sonámbula, y en verdad que no parecía reparar en el resto de la gente. Comenzaron allí a mirarse a los ojos y luego a acariciarse, como si hubiesen estado solos. Pronto me di cuenta de que por parte de mi amigo, esto también formaba parte del experimento, tal vez como una nueva forma de estímulo, porque no dejó un momento de observar a la mujer y, cuando podía, quedaba mirándola con fijeza, casi con ansiedad.

*

Y así, todo esto que he relatado, con algunas variantes, siguió repitiéndose todavía durante un tiempo. A mí personalmente me parece que, pesado ello con seriedad, se puede decir que no logró mi amigo con todos sus afanes resultado práctico alguno, y que el asunto en sí no pasó de ser un capricho de maniático, sin una verdadera base científica.

Mi amigo se casó, por supuesto, con la muchacha. Ahora tienen dos hijos y da gusto verlos cómo viven felices y alegres, como niños. Arriendan una casa muy cerca del otro matrimonio y los cuatro forman un grupo inseparable. Hacen excursiones juntos y, en general, estudian en conjunto todos sus planes de vacaciones. Van al cine; leen los mismos libros. Da gusto verlos, en verdad. Y como uno no ha olvidado la amistad, complace pensar que con el correr del tiempo los hijos crecerán, vendrán los nietos, y mi amigo y su mujer serán sin duda una de esas parejas de viejecitos cariñosos, que sirven de ejemplo a la juventud inquieta y tornadiza.

Es cierto que mi amigo, debido tal vez a la manía que tuvo tan persistente, a su capricho no satisfecho, suele quedarse en las tardes como embobado, con la vista en un rincón del patio, mirando, mirando. Como si tuviese una ansia, vaya a saber uno de qué.

EL SENTIDO SOCIAL DE MARTÍN FIERRO

II

EN VIAJE a La Habana desde Valparaíso, a fines de 1937, venían con nosotros en el mismo barco algunos cubanos, de vuelta de Buenos Aires por el Pacífico. Entre ellos, un periodista que traía un ejemplar de lujo del *Martín Fierro*. Una mañana nos pusimos a leer algunos cantos en la cubierta. A nuestro lado una mujer rubia envuelta en pieles venía aburrida tejiendo. Leíamos copla tras copla en voz alta sin preocuparnos de nuestra vecina, que suponíamos extranjera, cuando de pronto la buena mujer, que no era yanqui sino cubana, se dirigió a nosotros preguntándonos por el poema que había estado escuchando atentamente contra todas las reglas.

Era la primera vez que llegaba a sus oídos el nombre de Martín Fierro y estaba encantada con el héroe porque lo entendía como si fuera uno de los guajiros de su isla.

Entonces fué cuando nos pusimos a la tarea de ampliar este trabajo de años atrás con la relación sucinta de la obra, para confirmar directamente con el mayor número de versos posible, nuestro punto de vista ante un auditorio cubano, dejando a los auténticos turistas el descubrimiento de los episodios más pintorescos del poema, ora a través de las porcelanas «criollas» de Sévres, ora a través de las ediciones costosísimas que se disputan los snobs.

Pero dejemos de lado esta cuestión circunstancial y atengámonos al contenido del mismo, según el propósito recién anunciado.

Martín Fierro se nos presenta de entrada tal cual es, con las virtudes y defectos inherentes a los hombres de su clase. Vale decir: arrogancia ingenua de su arte en primer término; después, confrontación con la dura realidad en que tiene origen. Resumiendo, Martín Fierro es un gaucho perseguido

*que padre y marido ha sido
empeñoso y diligente;
y sin embargo la gente
lo tiene por un bandido.*

No otra cosa trata de explicar nuestro héroe (y el autor naturalmente) a su manera, evocando aquel tiempo ido en que vivía feliz en su pago con su mujer y sus hijos.

*Entonces, cuando el lucero
brillaba en el cielo santo,
y los gallos con su canto
nos decían que el día llegaba,
a la cocina rumbiaba
el gaucho que era un encanto.*

*Y sentao junto al fogón
a esperar que venga el día,
al cimarrón le prendía
hasta ponerse rechoncho,
mientras su china dormía
tapadita con su poncho.*

Con tal cuadro, de rara perfección, logra el poeta destacar aun más, por contraste, la miseria de los días presentes en

*que gasta el pobre la vida
en juir de la autoridá.*

Quien primero entra a perseguirlo es el alcalde que, desde luego, cuenta para amedrentarlo con el comisario y el juez de paz. El gaucho tiene que resignarse y no hacer resistencia:

*Pues áhi no más se le apea
con una felpa de palos.
Y después dicen que es malo
el gaucho, si los pelea.*

Martín Fierro adopta el procedimiento de la mansedumbre; pero esto no lo salva precisamente.

*Ahi comienzan sus desgracias,
áhi principia el pericón,
pues ya no hay salvación,
y que usté quiera o no quiera,
lo mandan a la frontera
o lo echan a un batallón.*

El canto segundo termina con la promesa del relato de sus sufrimientos en uno de esos batallones con que a mediados

del siglo anterior el gobierno argentino reforzaba el ejército de línea para defender a las estancias de los ataques de los indios de la frontera.

Vamos a copiar la parte pertinente del canto tercero, donde tras nuevas lamentaciones por lo que tuvo y lo que fué, Martín Fierro cuenta las circunstancias en que con otros cayó en una de esas levas.

*Cantando estaba una vez
en una gran diversión,
y aprovechó la ocasión
como quiso el Juez de Paz:
Se presentó, y áhi no más
hizo una arriada en montón.*

*Juyeron los más matreros
y lograron escapar.
Yo no quise disparar —
soy manso y no había por qué —
muy tranquilo me quedé
y así me dejé agarrar.*

.....

*Formaron un contingente
Con los que del baile arriaron.
Con otros nos mesturaron
que habían agarrao también.
Las cosas que aquí se ven
ni los diablos las pensaron.*

En seguida Martín Fierro nos dice el motivo de su desgracia, que como hemos señalado ya, tiene origen político:

*A mí el juez me tomó entre ojos
en la última votación.
Me le había hecho el remolón
y no me arrimé ese día,
y él dijo que yo servía
a los de la oposición.*

*Y así sufrí ese castigo
tal vez por culpas ajenas.*

*Que sean malas o sean güenas
las listas, siempre me escondo:
yo soy un gaucho redondo
y esas cosas no me enllenan.*

*Al mandarnos nos hicieron
más promesas que a un altar.
El juez nos jué a ploclamar
y nos dijo muchas veces:
«Muchachos, a los seis meses
los van a ir a revelar.»*

Es claro, esta promesa no se cumple, ni mucho menos.

*De los pobres que allí había
a ninguno lo largaron.
Los más viejos rezongaron;
pero a uno que se quejó,
en seguida lo estaquiaron
y la cosa se acabó*

Varios años pasa Martín Fierro en aquel servicio que en verdad tiene muy poco de militar y sí mucho de militarista, porque so pretexto del indio y de la frontera se les obliga a trabajar gratis a las órdenes de los superiores en sus chacras particulares.

*Al principio nos dejaron
de haraganes criando sebo;
pero después... no me atrevo
a decir lo que pasaba...
Barajo... si nos trataban
como se trata a malevos.*

*Porque todo era jugarle
por los lomos con la espada,
y aunque usted no hiciera nada,
lo mesmito que en Palermo,*
le daban cada cepiada
que lo dejaban enfermo.*

* Lugar de residencia del tirano Juan Manuel de Rosas, en Buenos Aires, «donde se estaqueaba, se azotaba, se cepiaba y se fusilaba.» (S. Lugones).

*Y qué indios ni qué servicio:
si allí no había ni cuartel.
Nos mandaba el coronel
a trabajar en sus chacras,
y dejábamos las vacas
que las llevara el infiel.*

*Yo primero sembré trigo
y después hice un corral,
corté adobe pa un tapial,
hice quincho, corté paja...
¡La pucha que se trabaja
sin que le larguen ni un rial!*

*Y es lo pior de aquel enr edo
que si uno anda hinchando el lomo,
se le apean como plomo...
¡Quién aguanta aquel infierno!
Si eso es servir al Gobierno,
a mí no me gusta el cómo.*

A veces tenían que afrontar de veras un malón o ataque de los indios; pero lo hacían inermes casi, con lanzas y latones, mal instruídos por un instructor que nunca sabía su oficio. Y sobre todo, sin municiones ni armas de fuego porque éstas

*... Un sargento chamuscao
me contó que las tenían,
pero que ellos las vendían
para cazar avestruces;
y así andaban noche y día
dale bala a los ñanduces.*

Martín Fierro sigue en el canto quinto la enumeración de sus desventuras, después de salvar la vida milagrosamente en su primer encuentro con los indios. Dice:

*Seguiré esta relación
aunque pa chorizo es largo.
El que pueda hagase cargo
cómo andaría de matrero,
después de salvar el cuero
de aquel trance tan amargo.*

*Del sueldo nada les cuento
porque andaba disparando.
Nosotros de cuando en cuando
solíamos ladrar de pobres.
Nunca llegaban los cobres
que se estaban aguardando.*

*Y andábamos de mugrientos,
que al mirarnos daba horror.
Les juro que era un dolor
ver estos hombres, por Cristo!
En mi perra vida he visto
una miseria mayor.*

El quedarse sin caballo es la desgracia más grande que le puede ocurrir a un gaucho. Es lo que no entendió Darwin cuando en su *Viaje alrededor del mundo* cuenta como una humorada lo que un paisano de la Patagonia le dijo: «¿Cómo quiere usted que trabaje si no tengo caballo?» A Martín Fierro le quitan el suyo y Hernández lo comenta en una estrofa chispeante que revela la técnica engañadora de siempre:

*Y pa mejor hasta el moro
se me jué de entre las manos.
No soy lerdo... pero, hermano,
vino el comendante un día
diciendo que lo quería
«pa enseñarle a comer grano».*

Luego Martín Fierro cuenta cómo tenían que arreglarse las entre todos para sobrevivir en aquel desierto, agenciando al pulpero los cueros y las plumas que obtenían en sus cacerías matinales. La pintura del pulpero merece transcribirse íntegra; pero vamos a limitarnos a un fragmento:

*Era un amigo del jefe
que con boliche estaba.
Yerba y tabaco nos daba.
por la pluma de avestruz,
y hasta le hacía ver la luz
al que cuero le llevaba.*

*Sólo tenía cuatro frascos
y unas barricas vacías,*

*y a la gente le vendía
todo cuanto precisaba.
Algunos creían que estaba
allí la proveduría.*

*Ah, pulpero habilidoso,
nada le solía faltar;
ahijuna! y para tragar
tenía un buche de ñandú.
La gente le dió en llamar
«Boliche de la virtud».*

Cuando por fin llega «el día de pago», Martín Fierro no cobra por no estar en la lista. Es un episodio digno de toda atención porque revela la verdadera psicología del gaucho antes de convencerse de que su suerte no tenía remedio haciéndose el chiquito. Las coplas del caso pertenecen a la última parte del canto IV.

*Yo me arrecosté a un horcón
dando tiempo a que pagaran,
y poniendo güena cara
estuve haciendomé el pollo,
a esperar que me llamaran
para recibir mi bollo.*

*Pero áhi me pude quedar
pegao pa siempre al horcón;
ya era casi la oración
y ninguno me llamaba;
la cosa se me ñublaba
y me dentró comezón.*

*Pa sacarme el entripao,
ví al Mayor y lo fi a hablar.
Yo me le empecé a atracar,
y como con poca gana
le dije: «Tal vez mañana
acabarán por pagar.»*

*«Que mañana, ni otro día!»
(al punto me contestó).
«La paga ya se acabó,
siempre has de ser animal!»*

*Me rái y le dije: «Yo...
no he recibido ni un rial.»*

*Se le pusieron los ojos
que se le querían salir,
y áhi no más volvió a decir
comiendomê con la vista!
«Y qué querés recibir
si no has dentrao en la lista!»*

Bien pronto Martín Fierro había de cambiar de táctica, dándose cuenta de que por el camino de la no resistencia, para decirlo en términos tolstoianos, iba a parar sin tardanza al cementerio. Así pues, el canto siguiente empieza con su firme resolución de escapar de aquel infierno. En su dura experiencia hasta comprende las causas de todo aquel enredo y lo señala como para justificar su propósito de huir. Las estrofas que Hernández pone con tal motivo en boca de su héroe no tienen desperdicio.

*Yo andaba desesperao
aguardando una ocasión
que los indios un malón
nos dieran, y entre el estrago,
hacermelês cimarrón
y volverme pa mi pago.*

*Aquello no era servicio
ni defender la frontera;
aquello era ratonera
en que sólo gana el juerte;
era jugar a la suerte
con una taba culera.*

*Allí tuito va al revés;
los milicos son los piones,
y andan en las poblaciones
emprestaos pa trabajar;
los rejuntan pa peliar
cuando entran indios ladrones.*

*Yo he visto en esta milonga
muchos jefes con estancia,
y piones en abundancia,*

*y majadas y rodeos;
he visto negocios feos,
a pesar de mi inorancia.*

*Y colijo que no quieren
la barunda componer.
Para eso no ha de tener
el jefe que esté de estable,
más que su poncho y su sable,
su caballo y su deber.*

La desgracia mayor le sucede una noche en que lo estaquean a causa de un gringo enganchao del ejército que, medio borracho, no acierta a reconocerlo en la oscuridad y le dispara su fusil, muerto de miedo. El episodio es de una ironía tremenda, pues al tiempo que Martín Fierro es castigado como intruso, el gringo (que para nosotros es el italiano por antonomasia) continúa en su cargo como representante de su nación. (De ahí el nombre de nación, muy frecuente entonces.) Sería cosa imperdonable saltarse estas estrofas:

*Jamás me puedo olvidar
lo que esa vez me pasó:
dentrando una noche yo
al fortín, un enganchao,
que estaba medio mamaro,
allí me desconoció.*

*Era un gringo tan bozal,
que nada se le entendía.
Quién sabe de ánde sería!
Tal vez no juera cristiano,
pues lo único que decía
es que era papolitano.*

*Estaba de centinela,
y por causa del peludo
verme más claro no pudo,
y esa jué la culpa toda:
el bruto se asustó al ñudo
y yo fi el pavo de la boda.*

*Cuando me vido acercar,
«Quien vívore»... — preguntó;*

«*Qué víboras*» — *dije yo.*
 «*Haga arto*», — *me pegó el grito.*
Y yo dije despacito:
 «*Más lagarto serás vos.*»

Ahi no más,— Cristo me valga!—
rastrillar el jusil siento.
Me agaché, y en el momento
el bruto me largó un chumbo.
Mamao, me tiró sin rumbo,
que si no, no cuento el cuento.

Por de contao, con el tiro
se alborotó el avispero,
los oficiales salieron
y empezó la junción.
Quedó en su puesto el nación
y yo fi al estaquiadero.

Y el episodio que termina con una burla muy criolla de las menguas del italiano para la vida riesgosa de la frontera, contiene todavía estas dos estrofas de una elocuencia de agua-fuerte de Goya:

Entre cuatro bayonetas
me tendieron en el suelo.
Vino el mayor medio en pedo
y allí se puso a gritar:
 «*Pícaro, te he de enseñar*
a andar reclamando sueldos.»

De las patas y las manos
me ataron cuatro cinchones;
les aguanté los tirones
sin que ni un ay! se me oyera,
y al gringo la noche entera
lo harté con mis maldiciones.

Finalmente Martín Fierro logra escapar y llegar a su rancho; pero sólo encuentra su tapera, es decir, las ruinas. Su mujer y sus hijos han tenido que dejar el pueblo y nada sabe de ellos.

Después me contó un vecino
que el campo se lo pidieron;

la hacienda se la vendieron
pa pagar arrendamientos;
y qué se yo cuantos cuentos;
pero todo se lo fundieron.

Los pobrecitos muchachos,
entre tantas afliciones,
se conchabaron de piones;
mas que iban a trabajar,
si eran como los pichones
sin acabar de emplumar!

Por áhi andarán sufriendo
de nuestra suerte el rigor.
Me han contado que el mayor
nunca dejaba a su hermano.
Puede ser que algún cristiano
los recoja por favor.

Y la pobre, mi mujer,
Dios sabe cuanto sufrió!
Me dicen que se voló
con no sé qué gavilán,
sin duda a buscar el pan
que no podía darle yo.

No es raro que a uno le falte
lo que a algún otro le sobre.
Si no le quedó ni un cobre
sino de hijos un enjambre,
qué más iba a hacer la pobre
para no morirse de hambre!

Pero Martín Fierro ante esta nueva desgracia no se reduce al estoicismo como antes, sino que se subleva de veras, diciendo:

Yo he sido manso primero,
y seré gaucho matrero.
En mi triste circunstancia
aunque es mi mal tan profundo,
nací y me he criado en estancia,
pero ya conozco el mundo.

*Ya le conozco sus mañas,
le conozco sus cucañas;
sé como hacen la partida,
la enriedan y la manejan.
Deshaceré la madeja
aunque me cueste la vida.*

*Y aguante el que no se anime
a meterse en tanto engorro,
o sinó apretesé el gorro
o para otra tierra emigre;
pero yo ando como el tigre
que le roban los cachorros.*

*Aunque muchos creen que el gaucho
tiene un alma de reyuno,
no se encontrará ninguno
que no le dueblen las penas;
mas no debe aflojar uno
mientras hay sangre en las venas.*

Esta resolución heroica la mantendrá Martín Fierro hasta el fin. Ya en la pendiente, vive como un gaucho matrero, saltando de un lugar a otro y hasta haciendo gala de su agresividad inútilmente como todo reprimido. Los cantos VII y VIII relatan dos episodios de sangre que no se explican de otro modo. Bajo la acción del alcohol, Martín Fierro comete un doble crimen por pura bravata. Lo que le obliga a seguir huyendo de la autoridad. Esta vez por una causa muy lamentable y sin dejar de reconocer su culpa. Por eso ya en la mala, dice al comienzo del canto XI:

*Matreriando lo pasaba
y a las casas no venía;
solía arrimarme de día,
mas lo mesmo que el carancho,
siempre estaba sobre el rancho
espiondo a la polecía.*

Y Martín Fierro cuenta a continuación cómo al caer la tarde iba a esconderse lejos del poblado para no pelear entre las mujeres a la partida policial que seguía sus pasos con el fin de aprehenderlo. En efecto, cuando ésta logra ubicarlo, Martín Fierro, a pesar de su número, la embiste solo sin echar-

se atrás, como un valiente que es. El encuentro está pintado de mano maestra y sólo su extensión nos impide transcribirlo. Por idéntico motivo hemos dejado de copiar el magnífico cuadro del malón cuando Martín Fierro estaba en la frontera. Ahora también nuestro héroe sale bien librado con ayuda del sargento Cruz, que, aunque viene con la policía, se pone de su parte al verlo acometer con tanto desnudo a toda la partida. El episodio de Martín Fierro con el sargento Cruz es de los significativos del poema, pues demuestra sin tapujos que cuando el gaucho afronta abiertamente la lucha logra encontrar un amigo hasta entre sus mismos perseguidores.

La experiencia de Cruz es bastante parecida a la de Fierro. También él vivía feliz con su mujer y su hijo cuando la autoridad se metió en su casa, empezando por levantarle a la compañera. Cruz aprendió asimismo por experiencia directa

*Que dónde el débil se queda
se suele escapar el fuerte.*

Cantor como el propio Fierro (y qué gaucho no lo fué?) hace el relato de su azarosa existencia al nuevo amigo para explicarle cómo vino a caer en el oficio de policía, llegando igualmente a la conclusión de que es la codicia de unos pocos la causa de todo el mal:

*Pucha!, si usted los oyera
como yo en una ocasión,
tuita la conversación
que con otro tuvo el juez!
Le asiguro que esa vez
se me achicó el corazón.*

*Hablaban de hacerse ricos
con campos de la frontera;
de sacarla más ajuera
donde había campos baldidos,
y llevar de los partidos
gente que la defendiera.*

Fierro le contesta subrayando el parecido que hay entre los dos y su firme resolución de seguir, antes que el ejemplo de los hombres de la ciudad, el de las fieras del campo, como dice muchas veces a lo largo del poema, cuya primera parte termina con el acuerdo de ambos gauchos para irse a vivir entre los infieles porque

*hasta los indios no alcanza
la facultá del Gobierno.*

Y Martín Fierro, después de romper la guitarra en que venía cantando hasta entonces se va con su amigo Cruz arriando una tropilla, que se llevan de la primera estancia, en dirección a la frontera.

*Y cuando la habían pasado
una madrugada clara,
le dijo Cruz que mirara
las últimas poblaciones,
y a Fierro dos lagrimones
le rodaron por la cara.*

En la segunda parte del poema, *La vuelta de Martín Fierro*, que consta de cerca de cinco mil versos, duplicando holgadamente la extensión de la «*Ida*», el autor cumple tras siete años de intervalo la promesa final de contar la suerte de su héroe. Pero el procedimiento de registrar directamente su experiencia con sus propios versos, nos demandaría demasiado espacio. Así que destacaremos sobre todo el sentido social del poema, que de suyo hemos hecho obvio a través de las coplas transcritas. Apenas si agregaremos un comentario general a las nuevas transcripciones.

En *La vuelta de Martín Fierro* prima es cierto la nota pintoresca como consecuencia del éxito de las descripciones de la primera parte. Sin embargo, la preocupación social del héroe asoma desde el comienzo, aunque en forma más conciliadora a ratos. El cantor trata de justificarse ahora ante pobres y ricos sabiendo no obstante, que con sus cantos «algunos han de llorar»... La relación de los sucesos la hace a ratos en plural para comprender también a Cruz con quien llega a las tolderías mientras los indios celebran una asamblea. Martín Fierro, envejecido por los años y los sufrimientos, se torna cada vez más sentencioso. Pero en medio del relato de las aventuras entre los «infielos» asoman frecuentes reflexiones llenas del coraje de otro tiempo. La nota poética se hace también más extraordinaria. No resistimos a la tentación de recordar esta copla ya destacada como una joya en *El Payador*:

*Había un gringuito cautivo
que siempre hablaba del barco,
y lo augaron en un charco*

*por causante de la peste;
tenía los ojos celestes
como potrillito zarco.*

La muerte de Cruz, víctima de la peste aludida precisamente, y la salvación de una mujer blanca a quien los indios matan el hijito, obligan a Martín Fierro a volverse con ella al pago. Infierno por infierno, prefiere el de la frontera. Pero al llegar después de tantos años, encuentra que «estábamos en lo mismo». Eso sí, ha muerto el Juez de Paz y un amigo le arregla sus deudas con la justicia. Fierro explica de paso sus antiguos deslices como una parte del todo irregular de su vida errante. Al fin da con sus hijos, y el mayor, que ha pasado por la Penitenciaría, canta los efectos de la soledad y el desamparo, mientras que el menor recuerda asimismo sus andanzas con el Viejo Vizcacha, un anciano cínico que habla por refranes acomodaticios y que por tanto ha tenido gran fortuna entre los lectores menos comprensivos del poema. Interviene por último Picardía, el hijo del guapo sargento Cruz, que cuenta una experiencia muy semejante a la de Martín Fierro, aunque con algunas notas más graciosas. Sus pendencias de tahur con un ñato perdulario, oficial de policía, resultan en verdad inolvidables.

*Por causa de una mujer,
se enredó más la cuestión.
Le tenía el ñato afición;
ella era mujer de ley,
moza con cuerpo de buey,
muy blanda de corazón.*

*La hallé una vez de amasijo;
estaba hecho un embeleso;
y le dije: «Me intereso
en ayudar sus quehaceres,
y así, señora, si quiere
yo le arrimaré los huesos.»*

*Estaba el ñato presente
sentado como de adorno.
Por evitar un trastorno,
ella al ver que se disjusta,
me contestó: «Si usted gusta,
arrimelós junto al horno.»*

*Ahi se enredó la madeja
y su enemistá conmigo;
se declaró mi enemigo,
y por aquel cumplimiento,
ya sólo buscó el momento
de hacerme dar un castigo.*

Desde luego, la oportunidad no se hizo esperar, puesto que cualquier pretexto era bueno, como no dejaba de saberlo Picardía, quien dice al principio del canto XXIV:

*Me le escapé con trabajo
en diversas ocasiones.
Era de los adulones,
me puso mal con el Juez;
hasta que al fin una vez
me agarró en las elecciones.*

*Ricuerdo que esa ocasión
andaban listas diversas;
las opiniones dispersas
no se podían arreglar;
decían que el Juez por triunfar
hacía cosas muy perversas.*

*Cuando se riunió la gente
vino a ploclamarla el ñato,
diciendo con aparato
«que todo andaría mal,
si pretendía cada cual
votar por su candilato.»*

*Y quiso al punto quitarme
la lista que yo llevé;
mas yo se la mezquiné,
y ya me gritó: «Anarquista,
has de votar por la lista
que ha mandado el Comiqué.»*

*Me dió vergüenza de verme
tratado de esa manera;
y como si uno se altera,
ya no es fácil de que se ablande,
le dije: «Mande el que mande
yo he de votar por quien quiera.»*

Claro que una paliza policial le hace cambiar de opinión; pero como Fierro aprende padeciendo, la índole social del poema se acentúa en algunas notas complementarias de la primera parte. Por ejemplo, en las siguientes coplas entresacadas de los cantos XXVII y XXVIII:

*Y saco así en conclusión,
en medio de mi inorancia,
que aquí el nacer en estancia
es como una maldición.*

*Tiene uno que soportar
el tratamiento más vil:
a palos en lo civil,
a sable en lo militar.*

*Y es necesario aguantar
el rigor de su destino:
el gaucho no es argentino
sinó pa hacerlo matar.*

Como se ve, el autor insiste en todos los motivos fundamentales de su creación. Por último, hace tomar otra vez la guitarra a Martín Fierro para cantar de contrapunto con un negro. Y aun aquí, en lo más jocosos y chacotón del poema, el sentido social de Martín Fierro no deja de hacerse notar. Este sentido, leyendo el poema detenidamente y en toda su extensión, es verdaderamente intergiversable. El héroe, como ya dijimos, aprende su lección viviéndola. Primero cree que el remedio está en hacerse el chiquito; después en huir; pero sólo cuando afronta la lucha obtiene algún resultado. Le pasa lo que a todos los enfermos graves que intentan curarse no haciendo caso al principio, luego cambiando de clima y sólo por último jugándose íntegramente en una operación que puede, es claro, también ser fatal. Pero cuando al hombre de abajo se le cierran todos los caminos, ¿qué otra salida le queda que la de recurrir a la fuerza? Es la gran lección que surge del *Martín Fierro*. No en forma teórica, abstracta, sino real, vívida, eficaz, porque hay una perfecta adecuación entre las ideas y sentimientos que expresa el autor y los medios que emplea para hacérselos llegar al pueblo. Al fin y al cabo el arte no es más que un instrumento humano de comunicación. Por eso toda obra creadora tiene un sentido social y sirve en su gloriosa inutilidad material de nexos y comunión a través

del tiempo y del espacio. La palabra, y especialmente la palabra alada más que ninguna otra, porque llega más lejos. Ya lo dijo hace muchos siglos en España Don Sem Tob de Carrión, el más alto precursor de nuestro Hernández:

*Bien sé que nunca tanto
cuatro trechos de lanza
alcanzarían cuanto
una saeta alcanza.*

A partir de 1919, cuando la cuestión social recrudece entre nosotros, como en todas partes, empieza en Buenos Aires un nuevo movimiento de reivindicación del *Martín Fierro*. Después de la tristemente famosa «Semana de Enero» surge una vez más un periódico en defensa de la libertad bajo el nombre de «Martín Fierro».

Algunos jóvenes de la entonces llamada «nueva generación» no tardamos en tomar el nombre del héroe popular como un símbolo; pero los istmos de la primera postguerra ganan de pronto a los nuevos poetas y el periódico se convierte, como dijimos alguna vez extremando la nota caricaturesca, en Marten Pierrot...

Lo auténtico criollo es estilizado una vez más según los cánones de la moda y de nuevo llega a primar lo meramente decorativo sobre lo esencial. Con el ejemplo de Guillermo Enrique Hudson, el gran escritor de *La Tierra Purpúrea*, unos cuantos hombres en los linderos de la madurez, iniciamos una reacción a favor del reflejo exacto del país y, por distintos caminos, todos llegamos a la misma conclusión: que no tenemos mejor pasado utilizable que el *Martín Fierro* cuyas coplas bravías están aún en boca de todos.

Como una prueba, por así decirlo, del reconocimiento gremial, la Sociedad Argentina de Escritores, que fundamos con Lugones y Quiroga en 1928, adopta la figura de Hernández para su timbre social, pues no encuentra otra más representativa en nuestra literatura. Y con motivo del centenario del nacimiento del poeta, en 1934, el nombre de Martín Fierro alcanza extraordinaria resonancia entre los mismos obreros industriales de Buenos Aires a quienes sus líderes nunca supieron explicar el valor permanente del héroe. Nuestro trabajo, que data de aquel año, es un modesto aporte en esa dirección.

RESPONSO AUSTRAL

«NO, NO es posible que se nos muera, que se le muera a Cuba un hombre como José Antonio Ramos sin que hagamos un gran duelo de espíritus libres!...»

Así empieza Jorge Mañach un sentido artículo acerca del preclaro autor de *Las impurezas de la realidad*, después de acompañarlo hasta su morada última en La Habana, el 1.º (?) de Septiembre de 1946. Y aunque Mañach sólo invoca un profundo sentimiento insular que, sin duda, echa muy de menos en torno al féretro del insigne cubano, estamos seguros de que aceptará de buen grado esta extensión de sus palabras en el primer aniversario de la muerte de nuestro común amigo y compañero. Pues no deja de interrogarse a renglón seguido el propio Mañach y con suma elocuencia:

«¿Morirá un espíritu de pasión tan generosa, una cabeza de tan inquieta lucidez, un ciudadano de tan tenaces y agónicos fervores, un escritor de tanta fibra, sin más que el duelo de un día?»

En verdad, cuanto anhela Mañach de los espíritus libres en el tiempo debe anhelarlo asimismo en el espacio. Por eso vamos a copiar todavía, en primer término, la exacta mascarilla espiritual que de José Antonio Ramos modela con maestría el fino biógrafo de Martí:

«En nuestro recuerdo perdurará, antes que nada, la imagen de su calidad humana. No era perfecto, claro está, era un hombre. Pero en sus huecos no había sombras. Apasionado, ardiente, muy afirmativo de sí mismo y de su obra, pero también del ajeno mérito; impaciente y a veces explosivo, pero no por cerrazón de alma, sino por robozo de entusiasmos; lleno de autoestimación, pero también de valiente justicia. Acidamente cordial.»

Así era en efecto José Antonio Ramos cuando lo conocimos en La Habana en los últimos días del año 1937; y así era su literatura, pues la imagen del hombre no difería en lo más mínimo de la que nos dejara entrever el escritor.

Un lustro antes habíamos publicado en Buenos Aires las «Conclusiones» de su futuro *Panorama de la literatura norteamericana*, tras un cordialísimo intercambio epistolar con motivo de su novela *Las impurezas de la realidad* y de una encuesta organizada por la revista de avance «1929». La expresiva contestación de Ramos la transcribimos entonces íntegra en «La Vida Literaria». Es una página de la que vale la pena entresacar algunas líneas para formarse una idea de su estilo:

«Los indagadores de «1929» tal vez no conozcan mi prefacio a *Tembladera*. No se los echo en cara porque leer contemporáneos locales en ambientes provincianos como el nuestro suele ser disipación lamentable de tiempo. Pero puedo probarles que les llevo la delantera en la preocupación. Como que a veces atribuyo a esta preocupación de americanidad mi incertidumbre en la elección del medio de expresarme. Drama, ensayo, novela... Para nosotros siempre callejones sin salida o dando al mismo cementerio de ilusiones: cada cruz un calvario inédito.»

En la Habana completamos el conocimiento de la obra de José Antonio Ramos, porque además de su drama *Tembladera*, nuestro amigo tuvo la gentileza de obsequiarnos su novela histórica *Caniquí*, un vasto fresco de Trinidad en la época colonial. (Los cubanos prefieren, al parecer, su *Manual del perfecto fulanista*, crítica de una fauna inevitable que recibe nombre distinto en cada país.) Mas no es el caso de arriesgar aquí un juicio definitivo acerca de la obra de Ramos. Es preciso analizarla detenidamente y alguien lo hará sin duda en su propio medio y no a la distancia.

Con todo, en nuestra memoria está presente ante todo el magnífico corresponsal de sí mismo. Hasta de *Las impurezas de la realidad* lo que sigue interesándonos es el capítulo titulado: «Una carta irrespetuosa y locuaz...»

En verdad, nunca era más certero el talento de José Antonio Ramos que cuando tenía o se imaginaba tener delante a un interlocutor joven y comprensivo. De ahí que también nos parezca particularmente justa esta otra reflexión del artículo de Jorge Mañach, citado al principio:

«Deben ser muchas las cartas que José Antonio — forzado tanto tiempo por su pobreza al destierro consular — dirigió a sus amigos cubanos [y americanos]. Tanto mejor que en su obra pública se hallan en este epistolario las ideas valientes, sanguíneas, discrepantes casi siempre del consenso criollo, que animaron su lejano desvelo. Algún día deberemos sus amigos reunir y publicar esas cartas, para irle salvando sus antecedentes de inconformidad fecunda a la mejor juventud de hoy y de mañana.»

Para iniciar tal homenaje a la memoria de José Antonio Ramos destacamos en las páginas del presente número de BABEL una de las cartas que nos dirigiera Ramos a Buenos Aires, después de arrojar por la borda, en viaje a México, su puesto de cónsul cubano en Filadelfia. Pocas veces tenemos ocasión de asistir a un gesto así en nuestro gremio y menos aun de celebrarlo con el colega en su país y entre los suyos. No es para olvidarlo, pues, fácilmente.

Nacido en el trópico y formado en París y Madrid como perteneciente a otra generación, José Antonio Ramos era, sin embargo, por sólo aquello uno de los nuestros. El sentido artículo de Mañach no podía, por lo mismo, menos que hallar profundo eco en nuestro espíritu y explayarse al cabo de un año en esta especie de responso austral.

e. e.

UNA CARTA DE JOSÉ ANTONIO RAMOS

A bordo del vapor *Baldbutte*, 17 de Junio, 1932.

Señor Enrique Espinoza.

Muy estimado amigo y compañero:

Ahora tengo no unos momentos, sino *siete días*, para contestar su carta del 9 de Marzo; su carta sencilla y afectuosa como la de un viejo amigo. Voy a bordo de un tanque de gasolina, de lentísimo andar, rumbo al golfo de Méjico. Mi destino final: Méjico. ¿Carácter? ¡El de un emigrante, de un expatriado voluntario: un aventurero!

Pero dejemos «la novela» para después.

Quiero decirle que he dejado encargada en Filadelfia a un fiel amigo con la busca y envío del número de *Forum* que me pidió en su carta. Y que aún no he podido leer el libro de Frank. Lo buscaré en Méjico. Frank, en efecto, me parece un escritor con altísimo vuelo. Vive con ciertas peligrosas contradicciones, sin embargo. Quiere vivir «en grande», y alternar con los vendedores de cuentos, que hacen en Nueva York enormes ganancias. (Hacían, por lo menos.) Frank padece hasta cierto punto de esa misma crematofilia que censura en algunos de sus libros. Y eso puede manchar su carrera.

De todos modos, ésto es una impresión personal, que en nada afecta su labor. Es muy importante. Yo lo cito con alguna extensión en el *Panorama*. Hubiera querido conocerlo personalmente. Pero el tiempo me ha parecido siempre poco para asimilar, para leer y estudiar. Me voy de los Estados Unidos sin haber tratado a ningún escritor... ¿podrá creerlo? Mi idea fué que la obra sería lo que quedaría de ellos, lo más permanente. La vida... siempre temí que fuera... un poco «babbí-tica». La influencia del medio es espantosa. En Nueva York, hace varios años, oí en un grupo de escritores casi el mismo lenguaje de los mercaderes. Jugaban a la bolsa, hablaban del costo de sus automóviles, del champagne gastado por fulano en su último «party»...

Por eso he permanecido diez años en Filadelfia, estudiando literatura norteamericana... ¡y sin conocer a un repórter! ¿Raro? Es cierto. Sería muy largo explicárselo por carta.

Recibí sus novelas de Lynch, Cambaceres y Quiroga. Me enamora la idea de hacer un triple estudio. La de Quiroga la leo aquí, en el barco. La de Lynch la leí durante mi crisis... (Ya le explicaré). De Cambaceres podría decirle cosas sorprendentes... ¡mi primera novela, *Humberto Fabra*, publicada en París, 1908, se le parece en mucho! Fin de siècle, enteramente. Naturalismo pesimista... En fin, que su envío me parece precioso, y que viene en línea con mis planes para el futuro.

De Hugo Wast ni hablemos. Nunca lo tuve en mucho. No soy exclusivista, sin embargo, y me parece que no es cosa de negarle su derecho a escribir para el público que lo lee. Ese público no leería otra cosa, así se lo exigieran para montar en tranvía. En cuanto a la crítica de las universidades norteamericanas, respecto a lo nuestro: vale más que no hablemos. Me refiero a los nativos, desde luego. De Torres Ríoseco, por ejemplo, hay algo bueno reciente. Como de Manuel Pedro González. Todos ellos están llenos de buenas intenciones, con todo. No hay que asustarlos, sino ganárselos. Vea Rosemberg, uno de los mejores. Nos exige, sin darse cuenta, color *picturesqueness*. Nos prohíbe pensar hondo y abordar nuestros problemas. Quiere que los entretengamos agradablemente, pudorosamente... Esa crítica, desgraciadamente, tiene demasiado de «turismo». Pero no hay que asustarlos, ya le dije: *En garde!* Eso es todo. Y la sonrisa en los labios.

Ahora déjeme hablarle de mí mismo y de mi aventura.

Lo supongo a usted en antecedentes de lo que sucede en Cuba. Lo de Leguía en el Perú es un juego de muchachos, comparado a Gerardo Machado, el Rosas cubano. ¡Qué digo Rosas! Aquel era un hombre. Este es un muñeco, cojido entre las redes de Wall Street. Cuando él entró, Cuba debía 67 millones en los Estados Unidos. Y estaban sólidamente garantizados. ¡Ahora debe 197 millones!

Y si Wall Street empujó a su pueblo a la guerra con Alemania, para recobrar lo prestado a los aliados, ¿qué no hará por cobrar esos 130 millones, prestados imbécilmente— como los millones entregados al sueco Kreuger — a Machado y los suyos?

Chile acaba de dar el ejemplo. Pero corremos el peligro de que localicen el incendio. Únicamente si todas, todas nuestras repúblicas americanas, podridas de deudas a los Estados Unidos, nos reunimos en un solo movimiento, para negarle validez a las ladronerías de nuestros titulados «Presidentes», «Congresistas», etc., y repudiar los millones robados por ellos en combinación con los Shylocks de Wall Street; únicamente así pondríamos a éstos en un verdadero aprieto. Los «marines» no alcanzan para perseguir «bandidos» en todo nuestro Continente!

En los Estados Unidos, por otra parte, toda la atención está concentrada en las deudas europeas. Tenemos que gritar alto, si queremos que nos oigan. Ellos esperan siempre que podrán abusar con nosotros, contando como cuentan con la putrefacción de nuestras falsas democracias, y la incultura y la crematofilia grosera, provinciana, de nuestros líderes...

Pues como le decía: la situación de Cuba es francamente la gangrena del cuerpo capitalista norteamericano. La gangrena comienza generalmente por las extremidades.

Hace tiempo que vivía yo atormentado, sin atención posible para mi labor literaria, avergonzado de mi librea lacayuna de Cónsul... pero sujeto

a ella por temor a perder la pitanza. Y por mis derechos, adquiridos en 23 años de servicios honrados!

Un buen día, sin saber cómo, en algún acceso de mal humor, escribí unas líneas sarcásticas, devolviendo a su autor una carta que se destinaba al Cónsul norteamericano en Santo Domingo, y que me habían enviado a mí por equivocación de algún estúpido y mal pagado Secretario... En la carta se deslizaban conceptos denigrantes para los dominicanos.

Mi *boutade* se llevó al Departamento de Estado, en Washington. Y éste llevó el asunto a la Embajada Cubana, que se apresuró lacayescamente a ordenar mi salida del cargo de Cónsul de Cuba en Filadelfia. ¡Ah! es nada, un Cónsul «de Machado», haciendo comentarios sarcásticos sobre la «civilización norteamericana» que nos exportan sus turistas, su cine, sus promotores y su prensa amarilla...!

Ni mi delator ni el Departamento de Estado, desde luego, saben de mi labor por propagar los otros, los Estados Unidos ejemplares, los de labor honda y humana en el gabinete y el laboratorio, que nuestra América niega, porque desconoce...

Mi delator y los diplomatas no saben de esas cosas *highbrow*. ¿Qué saben ellos de su propio país, pobres *robots*?

Y aquí me tiene usted, uno de los pocos latinoamericanos que por diez años no ha ido apenas al cine, ni al *party*, ni a nada superficialmente yankee, pero que ha trabajado como bueno por crear una corriente de inteligencia entre el Norte trabajador y sano, y nuestros elementos de valía, *declarado persona non grata*, por el Gobierno de Washington.

Salvo la insignificancia de mi persona, el caso merecería una vastísima publicación por toda nuestra América... como muestra de lo que es la diplomacia norteamericana en actual función, de lacayos de Wall Street.

Me parece de más añadirle que no iré a Cuba, adonde me llama mi gobierno, para «instruirme expediente». Por «desacato», probablemente...

He pedido una licencia, para tener tiempo de ponerme en seguro. Y desde Méjico me oirán en Cuba...

Desde luego que esto me cuesta un dolor profundo. He destrozado mi rincón de Filadelfia, con un millar de libros y una serie de comodidades acumuladas en 10 años de trabajo constante. Mis libros están sepultos, enterrados en diez cajones, que guardo en el almacén de un amigo fabricante de dulces. Y yo viajo apenas con lo puesto... (y mi maquinita), sin libros, sin saber de qué voy a vivir cuando se me acaben estos doscientos pesos que llevo conmigo, como un emigrante!

Esto es lo que llamé antes «mi novela».

Créame que estoy viviendo días novelescos. No sé cómo resisto con ecuanimidad la serie de roturas de fibras, de lazos anudados a lo largo de estos últimos años. Amigos, hábitos: ¡todo quebrado en diez días! Y aunque me vea usted, con estos arrestos, amigo Espinoza, no soy un hombre

joven. Tengo 47 años. Ya debía estar en un rincón, tranquilo, rodeado de libros, y con un poco de respeto alrededor.

Pero: ¿qué voy a hacer? Enrique José Varona vive en su patria como un «untouchable» indio. No puede recibir visitas. Tiene policía permanente a la vista de su casa. ¡Y qué «policía»! La hez del Presidio, sacada expresamente para «vigilar» estudiantes, esposas dignas, mujeres honradas... En estos momentos, vivir bien es criminal, cuando se tiene vergüenza!

Prefiero esta huida, en un tanque petrolero, haciendo el papel de Cónsul excéntrico, que pasa sus vacaciones a bordo de un barco como éste, en vez de ir a jugar el golf con cualquier amigo rico...

Tengo una torpeza incalculable para mover publicidad. Creo, sin embargo, que *The Philadelphia Record* y *La Prensa* de New York van a tratar del asunto, dentro de una semana, cuando me halle seguro en Méjico. Por mi mujer y mi hijo, que están en Cuba, no temo, porque no los supongo tan criminales. (Ni me doy yo tanta importancia, además). Este último pronombre, desde luego, por los hombres de Machado.

Para mi trabajo habitual, la publicidad me estorba. Es como una mujer linda. Incita violentamente, se la apetece... Pero cuando la poseemos: ¡adiós nuestra paz, nuestro vivir para nosotros mismos! De conquistadores pasamos a esclavos sin darnos cuenta. (¿No está ya dicho? Me parece que sí. Bueno: a mí se me ocurre ahora.)

Por un momento, sin embargo, mientras doy conferencias por Méjico y algún otro país adonde pueda ir, me conviene esa publicidad de «mi caso». En los Estados Unidos, donde se están llamando constantemente latino-americanos, y se desea en general un buen entendimiento, el error del Departamento de Estado ha de producir efecto.

Yo espero siempre tener la oportunidad de retirarme de la molesta vista del público, tan pronto haya obtenido otro medio de trabajar en paz y tranquilidad.

Si tiene usted medio de repetir «mi caso» allá en Buenos Aires, no deje de hacerlo. Ya usted conoce mi idcarium. Al trabajar por mí no trabaja por un pavo real, sino por la causa misma que usted defiende, como argentino de los que miran afuera...

Ah! Si Buenos Aires no me quedara tan lejos! Pero por ahora no hay que pensar en ello. Veremos desde Méjico.

No se puede quejar de mi charla. Gratamente se me ha ido casi la tarde. Y aunque estoy abordo, me queda esa manía de apresuramiento que se adquiere en tierra. En tierra yanqui, sobre todo.

Hasta otra, mi amigo lejano, mi amigo desconocido, que me inspira tanta confianza como para presentarme en esta forma. Echese la culpa si vé en mí exceso... Sus cartas y su labor me lo presentan con una conprividad de lo humano, sin límites. A ella me acojo.

Con un cordial apretón de manos,

José Antonio Ramos.

B a b e l

- N.º 22. ALBERT EINSTEIN / Alocución a los estudiantes.
ERNESTO MONTENEGRO / Integridad de Baldomero Lillo.
- » 23. GUSTAV REGLER / Leche negra (*cuento*).
EUGENIO GONZÁLEZ / El borrón de la hispanidad.
- » 24. THOMAS MANN / Fantasmas verbales.
JEAN CASSOU / Flora Tristán y la «Unión Obrera».
- » 25. JAMES T. FARRELL / El lenguaje de Hollywood.
MANUEL ROJAS / Antólogos y antologías.
- » 26. VÍCTOR SERGE / La cuestión judía.
JEAN MALAQUAIS / «Marianka» (*cuento*).
- » 27. RODOLFO MONDOLFO / Sobre la pena de muerte.
MAURICIO AMSTER / Recuerdos de Gutiérrez Solana.
- » 28. CARLOS VICUÑA / El año veinte.
SANTIAGO LABARCA / La generación del veinte.
- » 29. FEDERICO DE ONÍS / España en América.
JULIO BARRENECHEA / Mi ciudad (*versos*).
- » 30. MAX RAPHAEL / Una crítica marxista del tomismo.
CARLOS MAYER / Lev Davidovich.
- » 31. GONZÁLEZ VERA / Gabriela Mistral.
EUCLIDES GUZMÁN / Una viña en la noche (*cuento*).
- » 32. PEDRO PRADO / La vida provisoria.
BOY - ZELENSKI / Jules Vallés y su trilogía.
- » 33. RENATO TREVES / Piero Gobetti y el socialismo liberal.
LISE MEITNER / El átomo.
- » 34. ARTHUR KOESTLER / La sedición (*España en 1936*).
VINCENT SHEEAN / El último voluntario.
- » 35. PHILIPH RAHV / Sobre la decadencia del naturalismo.
EUGENE DABIT / El Greco y Velázquez (*De un Diario íntimo*).
- » 36. LAÍN DIEZ / Pérez Rosales, minero.
ARMANDO LIRA / Pérez Rosales, pintor.
- » 37. EMILIO ORIBE / La esfera del canto.
AXEL STERN / El existencialismo contra la existencia.
- » 38. LEÓN FELIPE / Coniunión (*poema*).
JENS PETER JACOBSEN / La señora Fons (*cuento*).
- » 39. LUIS FRANCO / Construiremos la nueva Babel (*poema*).
WALTHER RATHENAU / Palabras Proféticas.
- » 40. STEPHEN SPENDER / Poesía y Política.
LEÓN TROTSKY / La Familia Declerc (*cuento*).

JAGUARES

Por Luis Toro Ramallo

Es el libro que destacamos entre nuestras obras de

BIBLIOTECA AMERICANA

Un libro que dejará un recuerdo cálido de la vida violenta en la selva tropical boliviana. Imagen nítida casi dolorosa de la jungla americana, captada en su misma entraña. \$ 30.—

LAS LANZAS COLORADAS, por Uslar Pietri. Una de las mejores obras de la novela americana, cuyos personajes han sido arrancados con maestría a los albores de la independencia venezolana. \$ 15.

EL ALFEREZ REAL, por Eustaquio Palacios. Novela amena y graciosa sumergida en la bruma de la leyenda y de la historia de Cali, vieja ciudad colombiana que entrega todo su clima pintoresco en esta novela. \$ 40.

MARIA, por Jorge Isaacs. Una edición única de la gran novela romántica americana. Lleva anexos un vocabulario regional y todas las poesías del autor. \$ 15.

LO QUE NIEGA LA VIDA, por Luis A. Moscoso Vega. Una gran novela ecuatoriana que despliega a grandes y limpias pinceladas un panorama recio y desconocido. \$ 40.

ANTOLOGIA DE CUENTISTAS BRASILEÑOS, por Osvaldo Orico. Un manajo de cuentos brasileños espigados con acierto entre la mejor producción literaria de su género. Un libro que adquiere nuevo interés por la necesidad de conocer la idiosincrasia de un pueblo que en estos momentos nos brinda su hospitalidad espléndida. \$ 50.

YUNGA, por E. Gil Gilbert. Esta obra ofrece un puñado de cuentos naturalistas escritos por uno de los mejores cuentistas ecuatorianos, con ese tono inconfundible de vigor y exuberancia que pone el trópico en la voz de sus hombres. \$ 10.

PEREGRINAJE, por Argentina Díaz Lozano. Obra consagrada por uno de los más altos galardones en la literatura americana: el premio Farrar and Rinehart. Su autora se ha distinguido en la educación, en la poesía y en las letras hondureñas. \$ 35.

PRECIO EN EL EXTERIOR:

Calcúlese U. S. \$ 0,03 por cada peso chileno

En todas las buenas librerías. Para Chile remitimos contra reembolso sin gastos de franqueo para el comprador

EMPRESA EDITORA ZIG-ZAG, S.A.

Casilla 84-D.

Santiago de Chile